

**SIGNIFICADOS DE LA PAZ EN COLOMBIA.
REPRESENTACIONES Y DISCURSOS DE LAS VÍCTIMAS DEL CONFLICTO
ARMADO COLOMBIANO FRENTE A LOS DIÁLOGOS DE PAZ ENTRE EL
GOBIERNO SANTOS Y LAS FARC**

Presentado por
CINDY MENDOZA ACEVEDO

Tutores
**CARLOS IVÁN MOLINA
CLAUDIA PATRICIA PLATARRUEDA
JOSÉ ZAPATA**



**UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
PROGRAMA DE PSICOLOGÍA
ÁREA DE SALUD, CONOCIMIENTO MÉDICO Y SOCIEDAD
LÍNEA DE SALUD MENTAL, CONFLICTO Y VIOLENCIA**

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN.....	4
Las representaciones sociales y el papel del lenguaje	13
El discurso, su contenido y el por qué de su análisis	17
Estructura capitular	20
Consideraciones éticas.....	23
CAPÍTULO I. <i>NO SOMOS, NOS HICIERON. LA GUERRA, LA VIOLENCIA Y LAS</i> <i>VÍCTIMAS</i>	25
... <i>Y en la mitad estamos nosotros</i> (grupo de víctimas no asociadas).....	34
... <i>Es víctima aquel al que le han vulnerado sus derechos</i> (grupo de víctimas asociadas).....	53
CAPÍTULO 2. <i>¿Y AHORA QUÉ? EL PROCESO DE PAZ Y SUS ACTORES</i>	66
... Esa gente por allá y uno acá (grupo de víctimas no asociadas)	72
... El proceso, una apuesta necesaria (grupo de víctimas organizadas).....	90
CONCLUSIONES.....	106
ANEXOS. POBLACIÓN PARTICIPANTE.....	116
BIBLIOGRAFÍA.....	120

INTRODUCCIÓN

“Dado que nuestro contacto con el mundo está mediado lingüísticamente, el mundo se sustrae a un acceso directo de los sentidos como una constitución inmediata a través de las formas de la intuición y los conceptos del entendimiento. La objetividad del mundo, esta objetividad que suponemos en el habla y en la acción, está tan fuertemente imbricada con la intersubjetividad del entendimiento sobre algo en el mundo que no podemos burlar ni ir más allá de ese nexo, es decir, no podemos escapar del horizonte de nuestro mundo de la vida intersubjetivamente compartido, un horizonte que se nos abre a través del lenguaje” (Habermas 2003: 44, en Raiter, 2001).

Hablar de Colombia es hablar de un país en constante mutación política y social, un país con un vasto territorio, donde su población día a día es la que asume no solo la realidad política y social sino, además, se tiene que ajustar a esas mutaciones para configurar la vida social, desde lo individual hasta lo grupal, reconfigurar sus creencias, sus discursos y su forma de apropiarse de todo aquello que implica vivir en este territorio de marcadas inequidades.

Colombia es un país que ha servido como escenario para el conflicto entre grupos armados organizados al margen de la ley y la Fuerza pública, durante aproximadamente sesenta años. En este proceso se ha visto afectado no solo el Estado (en la forma en que opera en los ámbitos político, económico, territorial, cultural, ambiental, educativo, de seguridad, social en general), sino también la sociedad colombiana en general. Así, las consecuencias de este conflicto afectan a la población, convertida en muchas ocasiones en blanco de ataques indiscriminados perpetrados por los actores directos del conflicto.

Aunque Colombia se caracteriza por tener los grupos armados organizados al margen de la ley más antiguos de América Latina, cuyos orígenes se remontan a comienzos de los años sesenta, también se caracteriza porque, en la historia de este conflicto han existido procesos de negociación de la paz, los cuales han sido, así mismo, los más largos de América Latina; procesos que han iniciado, se han desarrollado, algunos han fracasado, y otros han tenido un éxito relativo; procesos que han iniciado su carrera por la paz desde hace aproximadamente 35 años. Sin embargo, desde el año 2012 inician en Colombia las negociaciones con la guerrilla de las FARC-EP para el desarrollo del Proceso de Paz en Colombia, que aunque no ha sido el primer intento de llevar a cabo un proceso de paz en el país, si ha sido el primero que da un lugar a las víctimas, por lo menos en el ámbito de la reparación por parte de la guerrilla y del Gobierno colombiano.

Retomando lo anterior, es necesario entender que para que el Proceso de Paz que se viene desarrollando actualmente en el marco de una Justicia Transicional se pueda llevar a término con éxito, necesita de la participación de distintos sectores, entre los que se encuentra el Gobierno, los grupos organizados al margen de la ley -que fungen como victimarios-, la sociedad en general como receptora de cada uno de los procesos políticos que se desarrollen en el país y, por supuesto, el centro de nuestra investigación: las víctimas del conflicto. Las víctimas, siendo ellas las que han sufrido directamente las violaciones graves a los Derechos Humanos y las infracciones al Derecho Internacional Humanitario.

Para el caso en específico de interés de esta tesis tomaremos una parte de esa población que vive estos cambios. Si bien todos en este país hemos tenido que vivir en un territorio en conflicto armado constante, no todos hemos vivido de cerca las consecuencias de este. Esa población, en cambio, son las llamadas “víctimas” del conflicto armado colombiano, personas que han resultado afectadas y se han visto en medio del conflicto, sufriendo de primera mano lo que es la guerra, lo que es la violencia, y lo que es empezar a reconfigurar sus vidas y sus creencias, sus

relaciones con los otros, con el mundo, y consigo mismos, reconfigurar sus discursos frente a eso que conocían y frente a eso que desconocen.

Esta tesis nace como resultado de indagar acerca de cómo estas personas que se encuentran bajo la categoría de víctima y que han estado en medio de toda esta historia de guerra, violencia e intentos de paz, representan lo que es para ellos estar precisamente en medio de un contexto actual donde se busca la paz, contexto que se supone los incluye como a uno de los actores fundamentales de esta negociación.

El fin mismo que se plantea entonces es indagar como representa, esta población todo este proceso de paz, cómo lo sienten y, sobretudo, cómo lo viven, desde la historia particular de cada quien.

Si tenemos en cuenta que la población de Colombia es de aproximadamente 48 millones de personas y que según el registro único de víctimas, hasta la fecha se estima que hay 8 millones de víctimas registradas, vemos como un 16% de la población colombiana ha pasado por algún tipo de hecho victimizante, hechos tales como el desplazamiento forzado, la desaparición forzada, el secuestro, el homicidio, los crímenes sexuales, el despojo de tierras. Estas cifras nos permiten visualizar la magnitud del fenómeno en este momento en el país, del gran trabajo que les espera a las entidades estatales y sobretudo nos obligan a no olvidar a esa población que hasta el momento, según lo que han manifestado en las entrevistas y los acercamientos a ellos, ha sido tratada como una cifra más, manifiestan ser una población a la cual no se le ha escuchado su voz suficientemente, a quienes no se han atendido sus necesidades, no se les ha incluido y, sobre todo, a quienes se sigue pasando por encima de sus derechos fundamentales.

Para tratar precisamente a este grupo de población, y lo que es el conflicto armado colombiano, se ha establecido el Proceso de Paz, que se lleva a cabo en la actualidad en la capital cubana de La Habana, entre el Gobierno de Colombia y la guerrilla de las FARC. Un proceso de paz cuyo fin es acabar con el conflicto armado en Colombia, a través de una serie de negociaciones, condiciones, tratados y pactos, que garanticen resarcir el daño causado a el territorio y todo lo que este conlleva en todos estos casi 60 años de conflicto, si bien no ha sido el primer intento de llevar a cabo un proceso de paz en el país, por lo menos si ha sido el primero que da un lugar a las víctimas, por lo menos en el ámbito de la reparación. De esta manera este proceso de paz de ahora en adelante para esta tesis y para la población participante, se convertirá en el tema de interés central, junto con todos esos acontecimientos significativos que han marcado la historia de nuestra población, y que centrará el interés del grupo poblacional en discutir cómo se han realizado estas negociaciones, y en cómo estas empiezan a cobrar sentido para ellos.

Según los discursos y los planteamientos que han surgido en estas negociaciones, se permite ver cómo hay un interés por poder resarcir a las víctimas del conflicto, lo que permite en principio pensar a esta población en un cambio drástico de su vida, de cambiar la situación en la que se han encontrado inmersos desde el hecho violento que los convirtió en víctimas, se plantea desde el gobierno que con la inclusión de esta población en las negociaciones, se les ha abierto la posibilidad de repensar su futuro, su concepción acerca de los actores involucrados en el conflicto, de repensar acerca de ellos mismos y su papel en estas negociaciones y en la historia del país, de resignificar y representar una nueva historia, o por lo menos así está escrito en el papel. Más adelante abordaremos como esta población representa desde lo individual hasta lo grupal, realmente que es estar en medio de este proceso, visto desde sus propias historias.

Teniendo en cuenta esto, vemos la necesidad de escuchar las voces de las víctimas, más allá de lo que nos plantea el gobierno colombiano, escuchar los testimonios de primera mano de las personas que directamente han vivido el conflicto y ahora viven directamente el paso hacia un cambio en el país. Es fundamental identificar cuáles son aquellas representaciones, que comparten o que los diferencian de sus pares en torno a este Proceso de Paz.

Al acercarnos hacia lo que es la guerra y la violencia en el país, podemos hacer un acercamiento frente a la situación actual de las víctimas en el país y en el mundo. Estas aproximaciones están centradas mayormente en los procesos de reparación y en los procesos de justicia transicional. En estas investigaciones se ofrece un marco de referencia conceptual y pragmática frente a este tema, pero también se evidencia que hasta el momento no se le da tanta importancia a los discursos de las víctimas en relación con sus consideraciones y posicionamientos políticos frente al Proceso de Paz.

En términos de los antecedentes de este trabajo encontramos en el trabajo de Angélica Rettberg (2005), titulado *Entre el perdón y el paredón: preguntas y dilemas de la Justicia Transicional* de la Universidad de los Andes, en donde se nos muestra el panorama actual de las víctimas en Colombia y los retos que debería enfrentar la sociedad colombiana para superar su conflicto armado. También encontramos textos como *Los derechos de las víctimas de la violencia política a la verdad, la reparación y la justicia. Reflexiones sobre cuatro casos en América Latina*, en el cual, a partir de los antecedentes teóricos de la justicia transicional y el examen de algunos casos en los que ésta se aplicó en América Latina, el autor, Francisco Cortés Rodas (2007), pone en discusión la necesidad de paz y las exigencias de justicia y resarcimiento de las víctimas, abordándolo desde estudios estadísticos.

Un antecedente importante se trata de la investigación “Reparación en Colombia ¿Qué quieren las víctimas?”, de Angelika Rettberg (2008), que presenta los

resultados de una encuesta que indagó por las necesidades y expectativas de reparación de víctimas del conflicto armado colombiano, además de dar cuenta de diferentes tipos de víctimas del conflicto, sus expectativas en términos de reparación; también se indagó por los actores responsables del conflicto, obteniendo como resultado que las personas encuestadas otorgaron mayor importancia al cubrimiento de sus necesidades económicas (45,5%) y al establecimiento de la verdad sobre los hechos (44%); el que los responsables les pidieran perdón, obtuvo el menor porcentaje de respuestas. Con todo ello, aunque encontramos más investigaciones que indagan acerca del momento actual e histórico de las víctimas, se evidencia un vacío en cuanto a investigaciones o interés acerca de este proceso actual. Por lo tanto, se hace necesario realizar un análisis del proceso de paz actual desde la perspectiva de las víctimas, desde sus narrativas, desde sus vivencias, desde sus experiencias, y lo más importante, desde la situación actual de esta población que se encuentra inmersa en un proceso de cambio político y social que los llevara a ellos mismos a un proceso de cambio desde lo individual hasta lo grupal.

Según Paul Seils -socio principal del International Center for Transitional Justice (New York. EE.UU), “el reto último y principal de la justicia transicional es la reconstrucción de las relaciones de confianza entre el Estado y sus ciudadanos. Esto sólo será factible a través de una adecuada atención a las cuatro ramas mencionadas: justicia, verdad, reforma y reparación (...)” (Seils, 2001, p. 7).

Esto precisamente es lo que se busca en el proceso de paz actual que se desarrolla en el país; teniendo en cuenta el documento donde se plantean los puntos a tratar en las negociaciones y en específico en el punto cinco, donde se trató la situación futura de las víctimas después de las negociaciones y lo más importante la búsqueda de la verdad. Son precisamente estos temas (la justicia, la verdad, la reforma y la reparación), los ejes bajo los cuales gira la negociación en la Habana, y se pretende que bajo este modelo se superen procesos de violencia generalizada para reivindicar derechos de las víctimas, además de establecer

nuevas formas de discusión, nuevos discursos, nuevas formas de ver, manejar y entender la realidad en la que están inmersos.

Al hacer una revisión de las investigaciones anteriormente mencionadas, encontramos un vacío respecto a escuchar la voz de las víctimas, sus expectativas de reparación, sus intenciones de perdón, el posicionamiento político de las víctimas frente a los Grupos Armados y frente al accionar del Gobierno en el Proceso de Paz; es decir, un vacío frente a la posición de las víctimas frente al Proceso de Paz, porque aunque en el papel está planteado que se les incluirá en las discusiones, esta población manifiesta que en realidad no sienten que haya existido una real inclusión, ni de forma presencial ni en la toma en cuenta de los documentos que han producido en las instituciones a las que se inscriben algunas de estas personas, y en sus propias palabras, no se habla de sus verdaderas necesidades, ni esas personas, ni esos discursos bajo los cuales se realizan las negociaciones, los representan, ni como personas ni como grupo significativo de la población, precisamente por este motivo es que esta tesis cobra importancia en el marco de este Proceso de Paz, es abordar la realidad desde la otra cara de la moneda.

En consecuencia, partiendo del discurso y específicamente de lo que emergen en él, bien sea en términos individuales o en términos grupales, podremos visualizar cómo este grupo poblacional establece ciertas congruencias y diferencias dentro de su discurso, y podremos ver cómo este discurso será el manifiesto de las representaciones que se hacen de su situación, de su historia, de su denominación como víctimas, y a grandes rasgos visualizar cómo ciertas situaciones históricas hacen que la vida social se considere siempre una construcción y no como un hecho dado, siempre desde el punto de vista de los principales actores.

Por ende, para el desarrollo de este proyecto se ha considerado elegir como población dos grupos distintos de personas. Por un lado se encuentran las

víctimas que están organizadas en asociaciones, ONG o diferentes grupos de víctimas que, de hecho, trabajan por reivindicar sus derechos y se encuentran, suponemos, más al tanto de la situación histórica y actual del conflicto, de las víctimas y del país en general y con las cuales el gobierno tiene un tipo de relación, convirtiéndose en parte activa de la discusión política. Por otro lado, se encuentran las víctimas no organizadas, que no pertenecen a ninguna organización y que pueden ser encontradas en las prisiones o defensorías donde van a hacer las declaraciones por los hechos de los cuales han resultado víctimas. Aunque pareciera que estos dos grupos comparten la misma identidad de “víctimas”, y han pasado por procesos similares de violencia, desplazamiento, etc., se ha hecho evidente que la profundidad, el interés por el proceso, el conocimiento del mismo, las expectativas, son distintas dependiendo el tipo de grupo del que hablamos. Esto a pesar de tener conocimientos y perspectivas similares de su situación,

Así, el fin mismo fue identificar las diferentes representaciones entre los dos grupos de víctimas identificados y el modo que se significan el Proceso de Paz y el conflicto que vive hoy el país, así como las expectativas que tienen con respecto al Proceso de Paz. Además se esperaba establecer una aproximación a las formas como otorgan significado al proceso de paz y al conflicto armado desde sus propias historias. También identificar a través de sus discursos la credibilidad y confianza frente al Proceso de Paz, sus expectativas de reparación, sus posiciones frente a los actores involucrados en el conflicto durante todos los años que ha durado y por los que resultaron víctimas y afectados, así como sus intenciones de apoyar un proceso de postconflicto.

Estos últimos dos ítems cobran relevancia ya que lo que se pretende es escuchar la voz de las víctimas como parte fundamental de un proceso de paz y es necesario establecer qué consideran ellas necesario para ser parte de dicho proceso. En otras palabras, así como el gobierno tiene sus exigencias y las FARC tienen las suyas, las víctimas, incorporadas al proceso de paz actual, hacen

manifiestas sus peticiones y expectativas, que ameritan ser escuchadas y analizadas, lo que se privilegia en el desarrollo de este documento. Es importante también ver cómo, para la población participante en el desarrollo del proyecto, el ser parte de un grupo poblacional que está poniendo su futuro y su realidad en manos de un poder político, y que ha sufrido a lo largo de su historia vejámenes a sus derechos fundamentales, cambian al estar inmersos en este proceso, desde la perspectivas de su propia historia hasta su representación de qué es la justicia.

De esta manera podemos establecer cómo nos acercarnos a lo que es el Proceso de Paz desde la perspectiva de las personas que han resultado afectadas directamente por el conflicto armado colombiano, al poder escuchar sus historias, y ver cómo se configuran desde esa posición particular de ser una víctima en un país que se encuentra en un proceso de cambio y en el cual ellas son, han sido, y seguirán siendo los directamente tocadas por todo este proceso. Nos acercaremos, así mismo, a poder ver en este caso en particular lo que plantea Jodelet, y es que “Las representaciones sociales son un pensamiento constituido y constituyente. Es constituido, porque genera productos que intervienen en la vida social que se utilizan para la explicación y comprensión en la vida cotidiana. Son constituyentes porque intervienen en la elaboración de la realidad de la vida cotidiana” (Jodelet, 1986: 474).

Así, teniendo en cuenta cómo las representaciones sociales son parte fundamental de la psicología social y de su visión particular de un mundo como un todo y en constante construcción, pueden surgir en un momento de crisis y conflicto, y de saber que Colombia se encuentra precisamente en un momento histórico particular de cambio político y social con el proceso de paz, y de cómo esto generará nuevas formas de representación, de percepción, de creer, de actuar, y de ser, de este grupo poblacional frente a su historia como grupo y como individuos, frente a esa realidad particular de ser sobreviviente del conflicto armado colombiano, con esta relación establecida.

Se plantea entonces una pregunta que dictó el camino de la investigación: ¿Cómo significan el Proceso de Paz que se está llevando a cabo en la actualidad en Cuba las víctimas de violaciones graves a los Derechos Humanos en Colombia y cómo se posicionan políticamente frente a él (a través de la representación que hacen a partir de sus historias inmersas en este contexto del proceso de paz), en el marco del conflicto armado y del Proceso de Justicia Transicional en el país?

Las representaciones sociales y el papel del lenguaje

En términos teóricos y conceptuales nos hemos basado en los principios que se plantean en la teoría de las representaciones sociales, la cual considera que la representación social es una modalidad particular de conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y, sobretodo, de la comunicación entre los individuos. Además, se trata de un grupo organizado de conocimientos gracias a los cuales los humanos hacen una lectura de su realidad social. Por ende, se considera a las personas como seres sociales en constante desarrollo y aprendizaje, no solo individual sino también social, personas inmersas en situaciones y contextos que determinarán su forma de actuar y de pensar.

Tenemos que tener en cuenta que las representaciones sociales, según Robert Farr (1983), emergen a partir del momento en que los individuos debaten temas de interés mutuo, a partir de los acontecimientos más significativos y que centran el interés del grupo. El autor además agrega que las representaciones sociales tienen una doble función, la de “hacer que lo extraño resulte familiar y lo invisible perceptible”, ya que lo insólito o lo desconocido se hace amenazante cuando no se tiene una categoría para clasificarlos (p. 654).

Ahora bien, de manera complementaria a las postulaciones de Farr encontramos cómo para Moscovici, las representaciones sociales emergen, se mantienen y se expanden, gracias a la manera en que son construidas en un principio, y para esto

es determinante el hecho de que surjan en momentos de crisis y de conflicto. De esta manera las representaciones sociales responderían a tres necesidades: 1) clasificar y comprender acontecimientos complejos y dolorosos, 2) justificar acciones planeadas o cometidas en contra de otros grupos, y 3) diferenciar un grupo respecto de los demás existentes, en momentos en que pareciera desvanecerse esa distinción. En suma, las necesidades a las que responden las representaciones son la causalidad, la justificación y la diferenciación social (Moscovici, 1979; citado en Páez, 1987, p. 300).

De esta manera podemos interpretar cómo las representaciones nos permiten no solo descubrir sino también organizar la realidad, para poder orientarnos y ejercer un dominio sobre el mundo, para poder comunicar a través de la herramienta más poderosa que tenemos, el lenguaje y, a la vez, hacer que nuestros discursos hagan manifiestas nuestras historias individuales y grupales.

Sabemos que cada individuo tiene contacto y se encuentra en constante relación con el mundo, y que la información que recibe de él pasa por sus sentidos y es procesada en su cerebro, gracias a que el sujeto es, de algún modo, consciente o inconscientemente activo en la construcción de imágenes a partir de esta información que recibe, es decir, realiza una operación mental sobre lo que recibe, y almacena el resultado de esa operación. Pero no procesa y almacena cada una de las cosas que percibe por separado, sino, precisamente, establece una relación con el todo.

A partir de esta concepción básica podemos empezar a hablar de las representaciones sociales como las imágenes del mundo y es que según Serge Moscovici (Moscovici, 1979), son las imágenes que se tienen acerca de cualquier cosa, imágenes que no son el mundo en sí mismo si no las creencias del sujeto sobre el mundo, imágenes que pueden ser individuales o colectivas, imágenes de lo material o lo inmaterial, y que son expresadas a través del lenguaje como el producto de esa operación mental, expresadas como su creencia frente a eso que

se nombra y que se carga de sentido y de significado al ponerlo en relación y discusión precisamente con ese todo que previamente ha conocido y ha aprendido.

Ahora, según Jodelet (Jodelet, 1986), el aspecto social de esto que llamamos representaciones sociales parte del hecho de que los seres humanos convivimos en comunidad, o grupo, o sea, en relación constante con el otro. Esto hace que la comunicación entre unos y otros sea parte fundamental del desarrollo de nuestra especie, sobretodo en el aspecto social, con la transmisión de esas representaciones convertidas en creencias y que se han ido dando y transmitiendo con el paso de los años.

Esta comunicación a través del lenguaje es la herramienta fundamental que permite la transmisión e intercambio de esas representaciones entre los miembros de la especie y que ha permitido la interpretación del mundo. A través del lenguaje y gracias a las diferentes interpretaciones del mundo se asumen diferentes roles en él. Esto, a su vez, permite que las representaciones que se creen sean distintas entre sí, lo que enriquece el intercambio de representaciones entre las personas de un mismo grupo desde el rol que adquiere cada quien en el grupo y en la realidad.

Es importante señalar cómo la historia de cada persona es un pilar fundamental en la construcción de las representaciones, en principio por qué no todas las personas reciben los mismos estímulos para crear sus imágenes mentales del mundo. Por ende, el significado de una misma cosa no será el mismo para dos personas que han crecido en ambientes distintos o ni siquiera en la misma época, con manejos del lenguaje distintos, intereses distintos. Resulta interesante resaltar cómo, así sean personas que se han desarrollado a la par, no coincidirán en todas las creencias que tienen acerca del entorno. Sin embargo, lo interesante del estudio o el acercamiento a las representaciones sociales radica en el poder ver

cómo su intercambio y desarrollo está mediado por el intercambio lingüístico y la historia particular de cada quien, que se hace evidente en este intercambio.

Ahora bien, es necesario hablar de cómo el contenido de las representaciones (es decir, de las imágenes que ya están constituidas) no es neutro ni estático. Esto quiere decir que las representaciones que establecemos servirán de guía para nuestro comportamiento en el mundo, para realizar la toma de decisiones y se establecerán gustos particulares, posiciones políticas o de acción, etc. De igual manera estas representaciones influyen directamente no solo en la vida de los miembros de la comunidad sino en todo el entorno de esa comunidad. De este modo, nuestras representaciones pueden incidir directamente en la comunidad.

Es importante señalar que las representaciones también determinarán en buena medida nuestro rol social y el de nuestros pares. De este modo, al analizar el contenido de las creencias se nos permite no sólo investigar acerca de qué contenidos podemos intercambiar con el otro, sino también desde qué roles y a qué otros roles se les puede comunicar.

Es importante también hacer la diferenciación entre representaciones, ya que pueden ser compartidas o individuales. Las representaciones individuales refieren, específicamente, a aquellas que son las creencias particulares de un individuo frente a un tema y que no son compartidas por la comunidad, mientras que las representaciones que son socialmente compartidas son las que dan cohesión a la comunidad, de modo tal que sin ellas la comunidad no existiría. Muchas de éstas representaciones colectivas se reflejan, por ejemplo, en la constitución política de un país, en las leyes que rigen una comunidad o en la construcción de derechos a la identidad o a la vida. Otras pertenecen más al ámbito del sentido común, pero que de igual manera se comparten (como el saber que robar está mal). Cuando hablamos de representaciones sociales nos referimos, como se expuso anteriormente, a las que son compartidas por grupos sociales, pero lo más

importante es señalar como éstas permiten la potencial creación de una identidad colectiva.

El discurso, su contenido y el por qué de su análisis

Teniendo en cuenta que el objeto de estudio de esta investigación fue las representaciones que establecen las víctimas del conflicto armado colombiano frente al actual Proceso de Paz, y los significados y representaciones que se manifiestan frente a este tema en sus discursos. El tipo de análisis empleado para la evaluación de las entrevistas realizadas y de los resultados fue el análisis del discurso en términos semánticos.

En principio, es necesario tomar en cuenta el discurso como un tipo de interacción lingüística, (sea hablado o en la forma de textos escritos, de carácter formal e informal y como parte fundamental del reflejo del procesamiento de la cognición humana) donde lo psicológico se refleja como discurso o como interacción, entre lo individual y lo colectivo. Rom Harré (1992) plantea que los procesos simbólicos son “realizados de acuerdo a ciertas reglas, de las cuales el uso del lenguaje es la más poderosa y más sutil” (p. 6). Así, el uso del lenguaje, al ser una herramienta tan poderosa, nos permite entender, expandir, y compartir la visión socialmente construida del mundo que hemos creado en nuestra constante relación con nuestros pares.

Gergen (1989) plantea que “lo que llamamos conocimiento no es el producto de mentes individuales, sino del intercambio social; no es el fruto de la individualidad sino el de la interdependencia, estos procesos sociales que constituyen a la realidad toman el carácter de procesos históricos, y se concretizan en discursos acerca de la realidad” (p. 169). De esta manera podemos entender cómo los discursos, y el lenguaje que compartimos, nos permiten construir realidades, que cambian con nosotros, con nuestras relaciones sociales y con nuestra historia.

Ahora bien, si tenemos en cuenta lo expuesto anteriormente, podemos establecer el análisis de discurso como la metodología que nos permite tener el conocimiento y resaltar la importancia del lenguaje en la vida social. “El lenguaje ordena nuestras percepciones y hace que las cosas sucedan, mostrando cómo el lenguaje puede ser usado para construir y crear la interacción social y diversos mundos sociales” (Potter & Wetherell, 1987, p. 1).

De esta manera el análisis del discurso servirá como herramienta para la psicología social y, en específico, para este proyecto de investigación para “obtener un mejor entendimiento de la vida social y de la interacción social a través del estudio de textos sociales” (Potter & Wetherell, 1987, p. 3).

Es importante establecer cómo el interés mismo de hacer análisis de discurso es leer los discursos para leer la realidad social, pero no de una manera textual o literal. En nuestro caso en específico importará más la inferencia que los signos provocan, que el significado literal de ellos. En otras palabras, al hacer un análisis a nivel semántico nos hemos centrado en identificar el significado dentro de las expresiones lingüísticas, a través de la identificación de cuatro puntos fundamentales que son aquellos que configuran el sentido y que nos permitieron dejar entrever las creencias y los significados que establecen los sujetos en su discurso frente a un evento particular, en nuestro caso el Proceso de Paz.

Estos cuatro puntos fundamentales bajo los cuales se hizo el análisis de discurso a nivel semántico y se establecieron los resultados fueron:

1. El referente: aquello que la palabra denota. Por ejemplo, nombres propios se refieren a individuos, nombres comunes se refieren a grupos de individuos, adjetivos se refieren a cualidades, y verbos se refieren a acciones.

2. El sentido: se refiere a la imagen mental de lo que algo es. Puede que, incluso, no exista en el mundo real. Es más conceptual que el referente. Por ejemplo, las nociones de “amistad” o de “felicidad”.
3. La denotación: es básicamente la relación entre una palabra y aquello a lo que se refiere.
4. Connotación: está en función de determinadas experiencias y valores asociados al significado.

Para hacer este análisis, en principio se estableció una entrevista semiestructurada enfocada al tema del Proceso de Paz en Colombia, entrevista que se aplicó a un total de 53 personas. Con base en las respuestas dadas por las personas entrevistadas se identificó que a pesar de tener un tema que dirigiría la entrevista, existían unos temas que hacían más presencia y reclamaban ser tenidos en cuenta, temas que se convertirían posteriormente en las categorías de análisis y que se representaron por colores.

Al quedar diferenciados cada uno de los temas o categorías, se procesó esta información en matrices que nos permitieron ubicar cómo, por cada tema presente en los discursos era posible desglosar cada opinión en los referentes, los sentidos, la denotación y la connotación, y así poder establecer marcos de comprensión generales y particulares frente a los temas específicos, desde la perspectiva de las personas en relación con su historia particular.

En lo que concierne a esta investigación en específico, veremos cómo la guerra y la violencia, nos refieren directamente a la situación de conflicto interno del país, y a la búsqueda de la paz, y esto permitirá crear a la población participante una forma de actuar y pensar frente a esto.

El fin de este trabajo es identificar los posicionamientos políticos y las significaciones emergentes sobre el Proceso de Paz que se desarrolla actualmente en La Habana (Cuba), entre el Gobierno de Colombia y la guerrilla de

las FARC, a través del discurso de las víctimas y de lo que emerge en él, bien sea en términos individuales o en términos grupales. Esto que emerge será el manifiesto de las representaciones que hacen de su situación, de su historia, de su denominación como víctimas, y a grandes rasgos visualizar cómo ciertas situaciones históricas hacen que la vida social se considere siempre una construcción y no como un hecho dado, siempre desde el punto de vista de los principales actores.

En términos metodológicos, para el desarrollo de la investigación se contó con la participación total de 53 personas, divididas en dos grupos, un grupo de 28 personas que no se encuentran asociadas a ningún tipo de colectivo o organización representativa de víctimas, y que son las personas que se acercan de manera voluntaria a la Unidad de Víctimas para rendir su declaración, y el otro grupo de 25 personas que se encuentran asociadas a grupos representativos de víctimas o colectivos.

Todas las personas participantes son mayores de edad y tiene algo en común, ser sobrevivientes del conflicto armado interno. Con cada una de ellas se realizó una entrevista semiestructurada de manera individual. Es importante resaltar y agradecer a las personas participantes en este proyecto.

En lo que respecta a el análisis de los resultados, en este documento se ha tenido en cuenta, en principio, el cumplimiento de los objetivos que regían la investigación y para los cuales apuntó todo el proceso de desarrollo de la misma, y al tiempo los resultados que arrojaron estos objetivos, resultados dados gracias a la participación activa y respuestas de nuestros entrevistados, resultados cargados de historias, de sentires y de deseos que se reflejarán a lo largo del documento.

Estructura capitular

De esta manera se han planteado dos capítulos que abordarán, a través de descripciones y análisis, cómo las personas con las que he trabajado vive, asume y representa lo que es el proceso de paz en este momento para ellos, haciendo un recorrido por sus historias y por cómo cada palabra, cada frase y cada momento, nos deja ver más adentro de la problemática y no solo quedarnos con la cifra.

Estos dos capítulos nos ayudarán a visualizar cómo para estas personas el proceso de paz no es una cuestión actual, estática y pasajera sino, al contrario, es parte estructurante de su historia, la que merece ser escuchada y tomada en cuenta.

Es importante resaltar que en el desarrollo de la investigación surgieron cuatro categorías de análisis a partir de lo más importante dicho por los entrevistados, cuatro temas a los cuales las entrevistas y los discursos de nuestros entrevistados siempre remitían y que nombraremos en orden de relevancia que dio nuestra población.

1. El primer tema y primera categoría de análisis es la *Guerra* y la *Violencia*. Al preguntar por el proceso de paz, se habló de los hechos violentos vividos por los cuales las personas terminaron estando inmersas en toda esta coyuntura, adicional a esto se percibe en las narraciones cómo el contar su historia en términos de esos hechos violentos se convierte en algo crucial para situarse en la historia del Proceso de Paz, en la historia del país, y sobre todo, para resaltar como esas historias particulares estuvieron y siguen estando atravesadas por la guerra y por la violencia.
2. El segundo campo temático refiere a la categoría de *Ser Víctima*. En los relatos cobra vital importancia cómo las personas sienten que este precepto de ser, de convertirse en víctimas, determina su estatus en la sociedad en este momento jurídico, político e histórico específico, así como su pasado, su presente y sus expectativas de futuro.

3. El tercer tema y la categoría emergente refiere a los *Otros*, ya que para todas las personas entrevistadas, son aquellos actores involucrados, en este Proceso de Paz y en la historia de conflicto en Colombia. El papel de esos Otros (sea como victimarios, como defensores, o como el Gobierno mismo), es de vital importancia para la configuración de su propia historia, para la comprensión de su realidad y como determinante para su futuro.
4. En el cuarto campo temático la categoría predominante es el *Proceso de Paz*, refiere a la aprobación, desaprobación, o simple opinión de los puntos de discusión del proceso de paz. Pudimos evidenciar cómo, a partir de los argumentos de las personas entrevistadas hay diferentes percepciones frente a este proceso. Aunque el proceso de paz es el tema bajo el cual gira todo este proyecto de investigación, gracias a los discursos de nuestros entrevistados pudimos establecer cómo, para ellos, el hablar solo del contexto actual negaría su propia historia y por eso es que para hablar de todo lo que es este contexto actual tenemos que pasar por muchas otras circunstancias o acontecimientos previos que han determinado el presente y que determinarán el futuro de estas negociaciones y más importante aún, de estas personas.

Al haber hecho claridad de lo anterior, daremos forma a los dos capítulos que componen este escrito de la siguiente manera: esta introducción da cuenta de la construcción y del planteamiento del problema de investigación y en ella hará un recorrido por investigaciones previas que refieran al tema, además se hablará del objeto de estudio y de cómo a partir del mismo se ha logrado establecer un análisis de discurso particular, para poder establecer la metodología de análisis y así acercarnos, a través del lenguaje, a las formas en las que las personas con las cuales se trabajo configura y significa lo que es el proceso de paz y todo lo que esto conlleva.

En el primer capítulo se dará cuenta de las dos primeras categorías, *Guerra* y *Violencia*, junto con el *Ser Víctima*, ya que al realizar los análisis y establecer los resultados vemos que estas dos categorías se encuentran íntimamente relacionadas, no solo por el hecho de ser complementos de un mismo fenómeno, sino también por las relaciones causales que se establecen entre estas dos. El capítulo se desarrollará haciendo un recorrido por los discursos, el contexto histórico y político de ellas dos, y finalmente estableciendo una discusión de cómo nuestra población configura y significa estas dos categorías dentro de su experiencia propia que se inscribe en el marco de las negociaciones del Proceso de Paz.

En el segundo capítulo se dará cuenta de la tercera y de cuarta categorías, los *Otros*, junto con *Proceso de Paz*, ya que al igual que en capítulo anterior, al realizar los análisis y establecer los resultados también se evidencia como estas dos categorías están relacionadas, también por ser complementos de un mismo fenómeno. Aquí vemos como se establecen relaciones causales entre estas dos categorías. De la misma manera, el capítulo se desarrollará haciendo un recorrido por los discursos, el contexto histórico y político de estas dos categorías, y finalmente estableciendo una discusión de cómo la población configura y significa estas dos categorías dentro de su experiencia propia que se inscribe en el marco de las negociaciones del Proceso de Paz. Finalmente, se presentan las consideraciones finales sobre la investigación.

Consideraciones éticas

Como investigador se tuvieron en cuenta al momento de la realización de las entrevistas lo establecido por Ley 1090 de 2006 por la cual se reglamenta el ejercicio de la profesión de Psicología, los artículos que se tuvieron en cuenta fueron los siguientes:

- Artículo 5: Por el cual es obligación del psicólogo mantener total confidencialidad de la información obtenida por las personas en el ejercicio de su trabajo como psicólogos.

- Artículo 6: Es deber del psicólogo respetar la integridad y buscar el bienestar de las personas o grupos con los que se trabaja. Es deber de los psicólogos informar a los usuarios sobre los propósitos de la investigación y reconocer la libertad de éstos de participar o no en la investigación.

- Artículo 49: Los psicólogos dedicados a la investigación son responsables de los temas de estudio, la metodología usada en la investigación y los materiales empleados en la misma, del análisis de sus conclusiones y resultados, así como las pautas para su correcta utilización.

Partiendo de lo expuesto en los artículos, en cada una de las entrevistas realizadas a la población, se contó con un consentimiento informado verbal de todos y cada uno de los participantes en la investigación. Así, se les explicó claramente los objetivos del trabajo académico que se estaba desarrollando, las técnicas a utilizar y los medios de recolección de información necesarios para el mismo, para que ellos, en pleno uso de su conciencia, tuvieran la posibilidad y total libertad de acceder a participar o no en la investigación. De igual forma se buscó mantener la integridad de los participantes, a través de mantener el anonimato de cada uno de ellos. De esta forma, no se divulgará bajo ningún motivo la identidad de los participantes.

CAPÍTULO I. *NO SOMOS, NOS HICIERON.* LA GUERRA, LA VIOLENCIA Y LAS VÍCTIMAS

Si hacemos un recorrido por las últimas décadas no solo de la historia colombiana si no de la historia mundial en general, vemos como los conflictos armados internos, o guerras producidas con base en diferencias ideológicas e intereses económicos, cobran cada vez más protagonismo, sobre todo para las personas que viven estos conflictos de primera mano.

Estos conflictos hacen uso sistemático de la violencia y hacen a los civiles sus principales víctimas. En Colombia, a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa, la presión, el uso del miedo como arma intimidatoria, y las incursiones armadas contra los civiles han venido intensificándose, y vemos como la guerra ha invadido varios espacios de la población civil, las relaciones sociales, lo cotidiano, sus espacios, sus vidas, al tiempo que cobra un espacio especial en el pensamiento de las personas que viven en un estado de guerra y miedo casi permanentes. En respuesta a estos conflictos, surge el interés por construir procesos de negociación de paz, cuyos fines, según los actores involucrados son la terminación del conflicto y la búsqueda de la paz.

Ahora bien, según la Cruz Roja Internacional, si hablamos de violencia estamos haciendo referencia a actos de fuerza que van en contra del derecho o de la ley. Sin embargo, estos actos de violencia política pueden variar, yendo desde el abuso del poder hasta la coacción o el uso de las armas.

Cuando hablamos de guerra, para el caso, nos referimos en particular a la lucha armada o al conflicto bélico entre dos bandos, cuya consecuencia principal es el rompimiento de la paz en el territorio. En la historia de Colombia se han presentado muchos de estos casos y es frecuente escuchar acerca del uso de la

violencia por parte de grupos organizados al margen de la ley en contra de la población, o entre los grupos armados y el gobierno, e inclusive entre el gobierno y la población civil (Lair, 2000).

De esta manera podemos hablar del caso colombiano en específico, ya que si vamos a hablar de la violencia en Colombia, tendríamos que referirnos al proceso histórico que ha llevado al país a tener momentos de crisis, empezando por las crisis del bipartidismo que conllevó a un enfrentamiento armado en el país. Luego se dio el enfrentamiento armado entre campesinos liberales y campesinos conservadores, la formación de las guerrillas liberales y el empleo de la policía como arma del conservatismo. Bajo el “régimen” de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), quien, luego de decretar e incumplir una amnistía, indujo a los campesinos liberales a regresar a las armas y a reunirse en grupos de autodefensas, ante la presencia del ejército en los campos. A partir de esto se presentó la transformación de las guerrillas liberales y de los movimientos campesinos de autodefensas en guerrillas revolucionarias que bajo la influencia de la revolución cubana y de la ideología marxista, surgen en Colombia, guerrillas que adquirirán sus nombres más adelante, y serán las FARC, el ELN, y el EPL (Fajardo, 2014). Esos grupos, que hasta el día de hoy ejercen bajo los preceptos de la lucha del pueblo y para el pueblo pero que, en su ejercicio han llegado a transformarse en grupos que atentan contra los derechos fundamentales de la población. Serán estos actos lo que tendrán un efecto directo en la forma en la que este pueblo se relacionara con el mundo.

Ahora bien, precisamente por lo anterior, es importante evidenciar cómo la violencia que se ejerce en Colombia es principalmente una violencia sistemática y generalizada en contra de la población civil de las regiones afectadas por los enfrentamientos, estando está expuesta a actos de violencia como homicidios, ataques directos, secuestros, reclutamientos forzados, por lo que también muchas personas se ven obligadas a huir y abandonar sus pertenencias. El conflicto también tiene graves consecuencias para quienes se quedan en su hogar ya que

se les restringe el acceso a bienes o servicios necesarios para su bienestar, servicios tan básicos y necesarios tales como la atención médica, la educación, el acceso al agua, etc. (Lair, 2000).

Son precisamente los actos violentos en contra de la población civil y sus consecuencias las que nos llevan a introducir una nueva “categoría” dentro de la población, la categoría de las “víctimas”, como aquellas personas sobrevivientes del conflicto y que han resultado perjudicadas a nivel económico, emocional, social, físico (Gasser, 2002).

Ahora bien, el gobierno colombiano negó durante años la existencia de un conflicto armado interno, del que no había duda desde la perspectiva de las víctimas, de la población civil en general y de los entes internacionales. La negación de este conflicto se convirtió en un obstáculo para la discusión abierta sobre cómo afrontar los crímenes cometidos en el país y debilitó las posibilidades de restaurar la confianza entre las instituciones del Estado y los ciudadanos.

Sin embargo, en mayo del 2011, el presidente Colombiano Juan Manuel Santos, reconoce la existencia del conflicto armado como parte del debate político sobre la legislación propuesta para reparar a las víctimas. En junio de ese mismo año ese planteamiento se convierte en ley, la llamada *Ley de víctimas* (Ley 1448 de 2011), que en su artículo 3° especifica quienes son consideradas víctimas para el caso Colombiano, del Conflicto Armado Interno. Como lo expuso Michael Reed, director del Centro Internacional para la Justicia Transicional ICTJ en Colombia:

“El derecho de las víctimas a la reparación no debe ser restringido por consideraciones políticas [...]. El Estado debe garantizar la reparación a todas las víctimas del conflicto armado, sin distinción de credo, género, raza, orientación sexual u opinión política. Esperamos que el Estado –y la sociedad– reconozcan la deuda que tiene con los miles de colombianos que

han perdido su vida, sus familiares, sus bienes, su seguridad o su proyecto de vida como consecuencia del conflicto armado” (ICTJ, 2011).

Bajo esa consideración vemos cómo esta ley plantea lo que será el trato con esta población:

“Se consideran víctimas, para los efectos de esta ley, aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos a partir del 1o de enero de 1985, como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de Derechos Humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno. **CONDICIONALMENTE** exequibles. También son víctimas el cónyuge, compañero o compañera permanente, parejas del mismo sexo y familiar en primer grado de consanguinidad, primero civil de la víctima directa, cuando a esta se le hubiere dado muerte o estuviere desaparecida. A falta de estas, lo serán los que se encuentren en el segundo grado de consanguinidad ascendente. De la misma forma, se consideran víctimas las personas que hayan sufrido un daño al intervenir para asistir a la víctima en peligro o para prevenir la victimización. La condición de víctima se adquiere con independencia de que se individualice, aprehenda, procese o condene al autor de la conducta punible y de la relación familiar que pueda existir entre el autor y la víctima.

PARÁGRAFO 1o. Cuando los miembros de la Fuerza Pública sean víctimas en los términos del presente artículo, su reparación económica corresponderá por todo concepto a la que tengan derecho de acuerdo al régimen especial que les sea aplicable. De la misma forma, tendrán derecho a las medidas de satisfacción y garantías de no repetición señaladas en la presente ley. **PARÁGRAFO 2o.** Los miembros de los grupos armados organizados al margen de la ley no serán considerados víctimas, salvo en los casos en los que los niños, niñas o adolescentes hubieren sido desvinculados del grupo armado organizado al margen de la

ley siendo menores de edad. Para los efectos de la presente ley, el o la cónyuge, compañero o compañera permanente, o los parientes de los miembros de grupos armados organizados al margen de la ley serán considerados como víctimas directas por el daño sufrido en sus derechos en los términos del presente artículo, pero no como víctimas indirectas por el daño sufrido por los miembros de dichos grupos. **PARÁGRAFO 3o.** Para los efectos de la definición contenida en el presente artículo, no serán considerados como víctimas quienes hayan sufrido un daño en sus derechos como consecuencia de actos de delincuencia común. **PARÁGRAFO 4o.** Las personas que hayan sido víctimas por hechos ocurridos antes del 1o de enero de 1985 tienen derecho a la verdad, medidas de reparación simbólica y a las garantías de no repetición previstas en la presente ley, como parte del conglomerado social y sin necesidad de que sean individualizadas. **PARÁGRAFO 5o.** La definición de víctima contemplada en el presente artículo, en ningún caso podrá interpretarse o presumir reconocimiento alguno de carácter político sobre los grupos terroristas y/o armados ilegales, que hayan ocasionado el daño al que se refiere como hecho victimizante la presente ley, en el marco del Derecho Internacional Humanitario y de los Derechos Humanos, de manera particular de lo establecido por el artículo tercero (3o) común a los Convenios de Ginebra de 1949. El ejercicio de las competencias y funciones que le corresponden en virtud de la Constitución, la ley y los reglamentos a las Fuerzas Armadas de combatir otros actores criminales, no se afectará en absoluto por las disposiciones contenidas en la presente ley” (Colombia, 2011).

Para el desarrollo de esta tesis se seleccionó esta población, las víctimas, como centro de la problemática, víctimas que como se ha planteado en el proceso de los diálogos de paz, no serán discriminadas independientemente de quién sea el responsable de los delitos por los que han pasado. Sin embargo para fines de este documento se considerarán las víctimas directas de las FARC. Una misma

población dividida en dos grupos distintos. Por un lado se encuentran las víctimas que están organizadas en asociaciones, ONG's o diferentes grupos de víctimas que, de hecho, trabajan por reivindicar sus derechos y se encuentran, asumimos a partir de sus relatos, más al tanto de la situación histórica y actual del conflicto, de las víctimas y del país en general, y con las cuales se tiene una expectativa frente a que el gobierno tiene un tipo de relación directa con ellos y esperan ser incluidos y ser parte activa de la discusión política de este proceso de paz. Por otro lado, se encuentran las víctimas no organizadas, que no pertenecen a ninguna organización y que pueden ser encontradas en los servicios de atención en las prisiones o defensorías donde van a hacer las declaraciones por los hechos de los cuales han resultado víctimas.

El fin mismo de hacer esta diferenciación nace del interés a partir de los primeros acercamientos a la población, en donde se encontró una serie de divergencias frente a la mayor visibilidad de las víctimas que están asociadas a algún grupo representativo o están bajo una ONG. A estas personas se les da un mayor protagonismo frente a cómo, de manera general, las organizaciones de víctimas son vistas como actores políticos y sociales en un contexto de conflicto y son importantes motores en la conformación de redes de apoyo y solidaridad para las mismas víctimas. Estas asociaciones gozan de mayor legitimidad por parte de las víctimas, puesto que dicen conocer sus necesidades y realizan un acompañamiento en su proceso de reivindicación de derechos, además de promover el empoderamiento (Susino, 2013).

Sin embargo, esto marca una brecha importante frente a las personas que no se encuentran en estos grupos representativos, ONG, o colectivos; personas que se acercan a los centros de atención para exigir la reivindicación y la restitución de sus derechos, pero que no son tomados en cuenta más allá de este proceso protocolario; según sus propios testimonios, no se sienten parte de este proceso de paz. Aunque las diferencias encontradas frente a cómo significan este proceso

de paz entre estos dos grupos fueron mínimas, si es importante escuchar e incluir toda la variedad dentro de este grupo de población.

Frente a esto es importante establecer cuáles son los hechos de victimización que recogen a este grupo significativo de la población, que aunque más adelante se dividirán dependiendo desde dónde quieran actuar frente a su situación, en un principio una misma cifra los acogió a todos. Según la Red Nacional de Información (RNI), en su informe del año 2014, encontramos cómo casi ocho millones de personas se declararon como víctimas durante el periodo 1985-2014. Frente a los hechos de victimización las cifras se configuran así:

El 79.49% corresponden a desplazamiento forzado.

El 9.84% a Amenaza.

El 4.29% a Homicidios.

El 2.12% a Acto Terrorista/Atentados/Combates/Hostigamiento.

El 1.80% a Pérdida de Bienes Muebles o Inmuebles.

El 0.81% a Desaparición Forzada.

El 0.78% a Secuestro.

El 0.42% a Delitos contra la libertad y la integridad sexual.

El 0.25% a Minas antipersonal/Munición sin Explotar/Artefacto Explosivo.

El 0.13% a Tortura.

El 0.06% a Vinculación de Niños, Niñas y Adolescentes; y, 4 personas no reportan información.

Frente a estas cifras, es importante resaltar como la población participante de esta tesis manifestó, en su mayoría, no ser víctima de uno solo de estos hechos, sino que, precisamente, al vivir en medio de una zona en constante conflicto, el pasar por varios de estos hechos, no resulta extraño para ellos. En la población participante, vemos reflejado esto así:

Población Participante

Grupo personas asociadas		
Total	Género	Hecho de victimización
25 personas	M: 18 F: 7	Desplazamiento: 19 Asesinato: 11 Secuestro: 1 Minas anti persona: 2

Grupo personas no asociadas		
Total	Género	Hecho de victimización
28 personas	M: 20 F: 8	Desplazamiento: 19 Asesinato: 9 Secuestro: 5 Reclutamiento: 2

Ahora bien, partimos de establecer que la guerra y la violencia son fenómenos sociales que tienen causas políticas, económicas o de territorio y que, además, son responsables frente al surgimiento de las víctimas en el país. El investigador Darío Fajardo (2014), en su “Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana”, pone en perspectiva esto:

“[...] debido al conflicto armado se ha visto afectada la población colombiana y su bienestar, con una suma acumulada de víctimas fatales y desaparecidos de alrededor de más de un millón de personas, más los heridos, mutilados, retenidos y secuestrados y víctimas morales; los desplazamientos, al menos en las últimas tres décadas, han afectado a cerca de 7 millones de personas; las pérdidas patrimoniales habría que calcularlas a partir del número de hogares afectados, de los cuales, según

la Comisión de Seguimiento a la Política Pública, un 91.3% abandonó tierras, bienes raíces no rurales, animales, muebles de hogar, etc., y el 52.2% sufrió el despojo de sus tierras, una superficie estimada entonces en 5.5 millones de hectáreas, equivalentes al 10.8% de la superficie agropecuaria del país. Para el año 2008 el estimativo global de las pérdidas fue 2.5 billones de pesos por la tierra abandonada y 8.4 billones de pesos por los bienes abandonados, cifra equivalente al 1.96% de producto interno bruto a precios de 2007, en tanto que el proceso también se ha traducido en importantes niveles de acumulación de tierras y capitales. Desde esta perspectiva, económica y agraria en particular, es posible señalar tres ámbitos de impacto del conflicto social armado, diferenciados pero también profundamente articulados: el del modelo de desarrollo agrario; el del abastecimiento alimentario y el del desplazamiento forzado, más propiamente del éxodo, y su significado en el empleo y la pobreza” (Fajardo, 2014, p. 38).

Ahora bien, como colombianos a diario escuchamos que estamos en un país violento y en guerra, fenómeno que ha dejado como resultado un número muy grande de víctimas; sin embargo, así lo hayamos escuchado muchos no podemos, en apariencia, hablar en primera persona de esa experiencia, ya que al no estar en medio de un conflicto violento o de un momento de guerra y mucho menos ser víctimas directas de esta situación. Solo desde los sujetos que si han estado en medio y en primera persona frente a situaciones de guerra y a través de sus narraciones podemos acercarnos a esas representaciones cargadas de significados de su mundo y su realidad, a partir de este preciso momento histórico en la historia del país con el desarrollo del proceso de paz.

El ser víctima del conflicto armado colombiano y el haber vivido la guerra y haber sufrido directamente la violencia genera transformaciones en las representaciones que tienen estas personas frente a su vida, frente a los otros, frente a la historia del país, y frente a su historia particular. A través de las narrativas de estas

personas se evidencia cómo el ser víctima de todo esto genera formas particulares y grupales de asumir el Proceso de Paz en desarrollo en el país, genera cambios en su historia de vida, en su identidad, en su realidad. En principio, para la población participante el hablar de la guerra y de la violencia como desencadenante de su situación actual como víctimas, se convierte en el primer paso para hablar del proceso de paz, ya que para ellos es importante partir de su propia historia, para de esa manera poder abordar la historia futura del país, empezar desde lo que fue para configurar lo que será.

... Y en la mitad estamos nosotros (grupo de víctimas no asociadas)

A continuación se presentan algunas descripciones y relatos de las personas o grupo de “víctimas” no asociadas, frente a la guerra y la violencia y en como esto parte su historia, en antes de ser una víctima y que implica el serlo ahora en un momento político y social de cambio para el país y para ellos mismos, como lo es el Proceso de Paz.

En principio es importante ver que es a través de los relatos que se puede observar cómo las personas entrevistadas crean atribuciones causales de su situación a la guerra y a la violencia vivida en el país durante tanto tiempo. Es precisamente por esto que no podemos olvidarnos de la historia que precede a este proceso de paz, no podemos olvidar ni silenciar sus voces o su vida, que pareciese dividirse en antes del hecho violento y después de él. Como se verá la guerra y la violencia se convierten en protagonistas de sus relatos, ya que en casi la totalidad de ellos es un tema constante al cual remiten para hablar de su propia vida, para tener en cuenta el pasado y para evitar que su existencia se reduzca simplemente al después, o como lo afirma Eric Hobsbawm (1995) afirma que las “naciones sin pasado son contradicciones en términos. Lo que hace una nación es el pasado” (p. 24).

Asunción, una mujer de 56 años que refleja más edad, está sentada en un andén de la Defensoría del Pueblo porque “la fila los días lunes no avanza”, como dice ella. Su postura evidencia cansancio. Al principio de nuestra conversación se niega a participar, pero luego dice que hablar conmigo será como un ensayo para lo que le espera más tarde si logra ingresar a conseguir quien le reciba su declaración. Asunción cuenta su historia en detalle, con quebrantos en la voz pero sin una lágrima.

Con su relato Asunción nos cuenta cómo el pasar por ciertas situaciones propias de un territorio en conflicto genera reacciones en la personas que lo tienen que vivir de cerca, reacciones que están muy arraigadas a sus sentires, son hechos que se cargan de sentido desde el dolor. Asunción habla desde el dolor ya que éste se convierte en el punto de partida de su historia. Al prepararse para contar su historia parece ser consciente que para ciertos fines solo importará ese momento preciso en donde se convirtió en víctima. Aun así, cree que es importante que el resto de historia se conozca.

“Ay mami, eso es lo más triste que le pueda pasar a uno, triste. Y da como rabia, de esas rabias así que no lo dejan a usted es ni comer tranquilo. A mí me secuestraron a un hermano y lo tuvieron por allá un montón de tiempo y nunca pidieron plata ni nada, y pues si lo devolvieron pero ya muy enfermito y flaquito y pues al poquitico tiempo que no lo devolvieron, se nos fue pa’ mejor vida, mi chinito, apenas tenía 30 años y era el cubita de nosotros, y pues después de que se murió ya nos empezaron a llegar razones de que nos teníamos que ir y un montón de cosas terribles. Dicen que era que mi hermano estaba por ahí enredado en malas cosas con esa gente y que les debía una plata y que por eso se lo llevaron, porque si, muy raro que se lo llevan así, sin pedir nada, y lo devuelven enfermo, y después ya de que se nos fue nos dicen a nosotros los hermanos que nos tenemos que ir. Todo eso es como muy raro y pues uno nunca sabe en qué pasos andaba. Me le

fui por otro lado, mami, pero es que es para que usted entienda hasta dónde llega esa gente, lo malos que son y lo que le hacen a la gente que no ha tocado con ellos. Es que, mejor dicho, lo cogen a uno o a una familia entre ojos y hasta que no lo ven bien jodido no lo dejan tranquilo” (Asunción, 56 años, víctima de secuestro de familiar, grupo de víctimas no asociadas).

Para Asunción hablar de su historia es reconstruir su realidad, reconstruir su historia y comunicarla, es darla a conocer para que no se olvide aquella persona que se fue y poder traerla, a través del lenguaje a la realidad actual que la convierte a ella en víctima, a partir del asesinato de él. Asunción ahora se configura a sí misma como una víctima, gracias a ese momento que determinó su realidad actual, cambiando su forma de vivir, de pensar y de actuar, y el serlo será determinante para darle sentido a todo el conflicto armado y a lo que viene con él.

Si hablamos de dar sentido al vivir la guerra y la violencia es pertinente hablar de Esteban; tiene 36 años, un libro de crucigramas en sus manos y un bostezo constante, reflejo de su cansancio y aburrimiento de llevar tres horas esperando a que lo reciba el abogado de ese punto de atención. Se le escucha alzar la voz en repetidas ocasiones buscando llamar la atención para ser atendido, acepta de una manera muy entusiasta responder las preguntas y hablar, dice no tener afán de salir a la calle a hacer nada.

Esteban, en el siguiente relato, define la guerra como un enfrentamiento entre dos grupos diferenciados que tienen un impacto directo en otros. Esos grupos diferenciados son calificados a través de atribuciones morales; los actores involucrados son definidos como buenos y malos. Esteban nos muestra cómo, para él, hablar de la guerra y de la violencia lo remite directamente a quienes perpetraron estos actos, para él no son conceptos abstractos; para Esteban estos actos tienen rostros, y cualidades morales.

“La guerra es cuando hay guerra en el país entre dos equipos, están los buenos y los malos, y en la mitad estamos nosotros que somos los que no tienen nada que ver con ninguno, y que mientras se matan entre ellos no se dan cuenta que están embarrándola con la gente que no tiene nada que ver con ellos, y de ahí es donde sale gente muerta, o desplazada, como yo por ejemplo” (Esteban, 36 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

No solo en Esteban encontramos este tipo de atribución moral y de personalización de la guerra y de la violencia. Para Marta Inés, una mujer de 43 años, acompañada de un niño pequeño, al que tiene que consolar constantemente de su aburrimiento. Esta mujer, víctima de asesinato de un familiar en un reclutamiento forzado, nos expone como no solo los actos vividos por ella permiten que haga, al igual que Esteban, atribuciones morales sobre los perpetradores de los actos de los cuales fue víctima, pero adicionalmente nombra la injusticia que emerge de esa situación.

“[...] para mí no es justo que vayan matando a todo el mundo porque se les da la gana, que roben, que secuestren, que maten, mejor dicho, malos son malos y no es justo con la gente que está tranquila y que ha guerreado por tener lo que tiene, y que cualquier bobo con un arma se crea más que uno” (Marta Inés, 43 años, víctima de asesinato de familiar en reclutamiento forzado).

Para estas dos personas el hablar de lo malo y de lo bueno se materializa en aquello que han vivido, la imagen de lo bueno y malo ya existe en ellos, pero ha cambiado al vivir estas experiencias, ya no es solo un concepto abstracto, ahora han armado una relación directa entre aquello que han vivido y lo que será de ahora en adelante lo bueno y lo malo.

Si tenemos en cuenta que las representaciones sociales se plantean como una forma de conocimiento a través de la cual quien conoce se coloca dentro de lo que conoce. Al tener la representación social dos caras, la figurativa y la simbólica, es posible atribuir a toda figura un sentido y a todo sentido una figura (Mora, 2002). Para Marta Inés y para Esteban, hablar en términos de lo malo y de lo bueno cuando refieren a los actos y a los perpetradores de los hechos de los que fueron víctimas, es otorgarle un rostro y darle sentido a estas figuras armadas que representan lo que es la violencia.

Ahora bien, al ver cómo las personas participantes en esta investigación ha vivido y narra su experiencia de lo que ha sido estar en medio de la guerra y cómo ha sufrido la violencia, es importante también resaltar cómo ellas sienten que su vida misma ha cambiado, no solo en el sentido de haber vivido esta experiencia directamente, si no que el sentido mismo de lo que es la vida ha cambiado en ellos, han empezado a vivir eso que ellos llaman la “no vida” al referirse a cómo estar involucrados en una situación de la cual no tendrían que haber hecho parte desde el principio, causa malestar y dolor, y todo esto a su vez determina sus expectativas de futuro, expectativas atravesadas por el real interés de las víctimas en un cambio radical de su realidad, y por la realidad que se configura en el ámbito de los actores gubernamentales involucrados en el Proceso de Paz.

Esto lo podemos encontrar en la narración de Miguel, un hombre de 45 años de edad, quien ha sido víctima del conflicto debido al asesinato de su hermano por oponerse a un reclutamiento forzado. En sus manos una carpeta llena de fotografías de los cadáveres de su hermano y sobrino, porque según él, una imagen dice más que mil palabras y ante esas imágenes nadie podría negar todo lo que vivió; esas imágenes sustentan su discurso frente a lo que él llama la *no vida*, sufrir las consecuencias del conflicto y tener que cargar con eso a diario, se convierte en un tipo de tortura extendida, reforzada por la falta de acción del Estado.

“Las personas que terminamos pagando por todo lo que ha pasado en este país por culpa de la guerra. **Esto no es vida**, niña, porque es que mientras se matan entre ellos se me hace que siempre se les olvidaba que habían personas ahí en el medio que no estaban metidas en eso. Y eso siempre ha sido así, desde que yo tengo memoria, toda la vida he escuchado de la guerrilla, de los paracos, del ELN, de todo eso y a cada rato matanzas, secuestros y cosas así. Y el gobierno ahí mirando como si nada y no hacen nada, y solo nos voltean a mirar a nosotros los que estamos siendo perjudicados. Cuando un noticiero o a alguien le da por abrir la boca para que la gente vea lo que está pasando con nosotros y ahí si hacen algo, uno resulta perjudicado por lado y lado, por los que matan y hacen todo eso y porque el gobierno lo ignora a uno” (Miguel, 45 años, víctima de asesinato de familiares en reclutamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Para Miguel su vida queda sumida en medio de los actos violentos perpetrados por los actores armados y la omisión del Estado en su papel como protector de la población, y esto conlleva un cambio radical en lo que el configuraba como una “vida normal”. Ese momento de crisis al estar en medio del conflicto y ser víctima de ello, nos permite ver cómo emerge para él una nueva representación de lo que ahora es la vida para él, esa “no vida” que siente y manifiesta que ahora vive.

Así vemos como esta representación de *no vida*, para Miguel surge en un momento de crisis no solo política y social si no muy personal, desde su perspectiva clasifica y comprende aquello que es la violencia para el país.

Ernesto, de 63 años, víctima de desplazamiento forzado hace 10 años, quien viene de Arauca, una zona que según él es “zona roja”, pero aclara, “rojo sangre”, “de tantas cosas que pasan en ese zona del país”. Su compañía hoy es una bala de oxígeno, desde hace cinco años, porque este clima lo perjudicó. Ernesto comparte con Miguel ese sentir de sufrir las consecuencias del conflicto y tener

que cargar con eso a diario, se convierte en un tipo de tortura extendida, reforzada por la falta de acción del Estado.

“[...] vea mi niña, a uno que le ha tocado vivir toda la guerra en este país, ya no lo sorprendía nada de lo que se enteraba por ahí, que un muerto por aquí, que otro por allá, que secuestraron a éste, que se llevaron a aquel, eso créame que es pan de cada día y en el campo más. Pero uno no sabe lo duro que es por lo que ha pasado toda esa gente hasta que le pasa a uno, sentir cómo lo echan de su propia casa, sin saber ni siquiera quién es el que lo está sacando a uno y menos por qué. Es durísimo y uno se siente como si no valiera nada en esta vida, que haber sido toda la vida honesto y trabajador no hubiera servido para nada, porque vea, la vida cómo le paga. Ya yo con 63 y ya hace diez años en estas de estar andando para lado y lado sin estar en mi casa ni nada, es muy triste mi niña...” (Ernesto, 63 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Para Ernesto, quien durante toda su vida había estado en su territorio y al cual el conflicto no lo había tocado directamente, la guerra y la violencia se configuraban desde afuera, desde lo que le pasaba a los otros; sin embargo, al ser afectado directamente apropió esto para su vida, configura desde allí su representación de lo que es la guerra y la violencia se transforma al hablar desde la experiencia de ella y asocia valores a su vida desde allí. Para Ernesto el valor de su vida no es reconocido, en medio del conflicto su vida no es reconocida en su valor, no vale nada, no es vida.

Es importante resaltar cómo en todas las narraciones que hemos visto, estas personas hablan de hechos violentos concretos de su propia historia y nombran actos violentos en concreto para referirse a su situación individual y grupal, ya que a partir de poder nombrar en su propia historia, cada uno de los actos de los que fueron víctimas, permite que se sitúen en un momento determinado de la situación del país, y esto a su vez demarcará sus opiniones frente a este tema.

Cuando encontramos a Alejandro, de 48 años, víctima de reclutamiento forzado y asesinato de familiares, se encontraba contándole su historia a otra persona que también esperaba a ser atendida en el Centro de Atención Regional para las Víctimas en Soacha. Posee un rostro inexpresivo, pero su voz expresa muchos de los matices que su rostro inmutable no. No se niega a hablar, pero si a que su rostro sea mostrado en caso de que se necesite, todavía tiene miedo. Cuando Alejandro nos cuenta su historia frente a los hechos violentos que vivió, no omite detalles frente a su territorio, a los perpetradores de los actos violentos, el por qué resultó involucrado él y su familia en este conflicto. Narrar su historia con todos estos detalles le permite situarse en un momento particular de la historia del país, y, así mismo, configura su vida a partir de estos hechos y resulta interesante ver cómo el miedo de todo lo vivido permanece, a partir de ese miedo se habla y se vive.

“Si yo le contara lo que es eso, usted no se alcanza a imaginar y le juro que pensaría que uno habla carreta y todo. Pero créame que así como dicen en la novela, la maldad existe y es terrible, y más si sobre todo le toca a uno de tan cerquita. Veá, yo vivía en el Sumapaz, en la vereda San Juan. Ahí había un tipo al que le decían El Negro, y era el duro de por ahí. Uno sabía de toda la vida que la guerrilla andaba por ahí, pero como nunca tocaban con uno pues a la larga hasta se me olvidó que esa gente estaba por ahí. Nosotros éramos cuatro, mi gemelo, y otros dos. De a poquito uno se va metiendo en ese mundo; bueno, pues yo no, pero ellos si terminaron metidos con esa gente y eran de esos que les dicen informantes. Mejor dicho, mis hermanos se volvieron fue sapos, pero pa`l otro lado. Y así duraron los años de los años, hasta que mataron a El Negro y al que quedó no le caían bien mis hermanos, o bueno, eso creo yo. Y fue más lo que se demoró llegando ese tipo a la vereda que matando a mis tres hermanos: Solo me quedé yo con la vieja, que a la larga terminó muriéndose de pura tristeza. Eso es ser víctima de todo eso, que termine uno bien perjudicado y

solo por ahí, sin nada y sobre todo sin nadie. Eso es muy duro, mi niña, y no tanto lo duro sino lo terrible que es, uno tener que haber visto a sus hermanos metidos en huecos todos comidos y roídos por los animales, duro, duro” (Alejandro, 48 años, víctima de reclutamiento y asesinato de familiares, grupo de víctimas no asociadas).

Alejandro evidencia cómo, desde su experiencia en relación con su territorio y los demás actores involucrados en su historia particular, comprende lo que es la guerra y lo que significa convertirse en víctima a partir de ella. La consecuencia directa son el miedo y la incertidumbre. Él ha significado cada uno de los acontecimientos dolorosos por los que ha pasado. El reconocer cada uno de los hechos de los que fue víctima y el identificar claramente las consecuencias de éstos, permite que Alejandro se sitúe a sí mismo como una persona inocente, aunque admite que quizá su familia si estaba directamente involucrada en ese conflicto. Aun así resultó pagando; no solo él, su madre también murió.

Como en el caso de Alejandro, en las narraciones de diferentes personas entrevistadas se encuentra una constante incertidumbre frente a lo que es la violencia y la guerra, y en específico al por qué han resultado afectados ellos precisamente. A partir de pensarse frente a lo que es la guerra y la violencia, sigue existiendo un vacío frente al porqué de toda esa situación, y es que al estar en medio de la guerra y haber vivido la violencia, las personas participantes lo significan y lo manifiestan a través de su discurso como un espacio de sus vidas lleno de más dudas que dé respuestas.

Gilberto, de 66 años y víctima de desplazamiento forzado, quien mantiene una postura erguida a pesar de su edad, tiene una manera elegante de vestir, alto y con ojos verdes. Da respuestas cortas pero concisas sobre él, permite escuchar una voz ronca y profunda que intimida. Nacido, desplazado de Boyacá y, según él, con ganas de volver a morir allá. Gilberto habla de su incertidumbre frente al porqué de su situación; se pregunta el porqué de la guerra así como por las

motivaciones, de aquellos que son “malos” de modo inexplicable, para perjudicar a las personas que según su narración no tienen nada que ver en la guerra, los civiles.

“[...] es que le digan, le expliquen a uno por qué son tan malos, si es que pa` eso hay explicación porque el que es malo, es malo, eso viene como en la sangre; pero, pues, es eso, porque es que uno queda como un bobito por ahí sin saber a la larga por qué le hicieron eso a uno... siempre ha habido violencia y pues en unos años más que en otros, pero es que ahorita se ve más la gente a la que han jodido, yo ya los perdoné, pero no entiendo, mami, se lo juro que no entiendo” (Gilberto, 66 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

La incertidumbre, que no solo manifiesta Gilberto en su discurso si no el resto de las personas que se han entrevistado, es frente a el desconocimiento del porqué de la guerra y del por qué atacar a los civiles. Esta incertidumbre se alimenta de la historia particular de cada quien y de las perspectivas o expectativas frente al trato de las víctimas, en este momento específico de la historia colombiana. Desde sus historias particulares, esos momentos por los que han pasado se convierten en espacios de sus vidas marcados por la vulneración de sus derechos, es un espacio donde lo que se recuerda es el miedo. Y es a partir del miedo y de la incertidumbre que se reconstituye su vida y que se marcan sus creencias frente a lo que significa para ellos el proceso de paz y los momentos de guerra y violencia vividos en el país. Siendo que para el país es la forma en que los perpetradores de estos hechos tienen y mantienen el dominio del territorio gracias a la poca efectividad del gobierno en su papel como velador de los derechos de la población, haciendo uso de las armas, el terror y la intimidación como puente para el logro de sus fines, y siendo la población civil un obstáculo para el logro de tales fines. Es importante resaltar también cómo la incertidumbre no se reduce al porqué se es afectado o victimizado, también implica dudas sobre las personas o actores involucrados, en el conflicto y en el Proceso de Paz; dudas acerca de si

cumplirán con lo que se establezca en ese proceso y la duda de creer o no en la no repetición.

Estas dudas o incertidumbres, responden a uno de los tres planteamientos que hace Moscovici (Moscovici, 1979) frente a cómo emergen las representaciones sociales, y es acerca de la dispersión de la información, que refiere a cómo la información que se tiene nunca es suficiente para responder una pregunta, o para formar una idea a propósito de un objeto preciso. Es precisamente esto lo que pasa con estas personas entrevistadas, que reflejan algo de incertidumbre en sus narraciones, y es no poder responder a un futuro o tener una expectativa clara frente a su realidad actual y a su situación futura en relación con los actores involucrados.

Aunque estas personas se posicionan y establecen representaciones frente a lo que son la guerra y la violencia, a partir de sus propias experiencias, y de cómo esto conlleva a que el día de hoy se configuren a sí mismos como víctimas, hay preguntas que todavía no han podido responder, frente a las motivaciones de los actores armados para atacar a la población civil, frente a la omisión de atención del gobierno, frente a qué será de ellos en un futuro.

Todo esto nos lleva a pensar que las víctimas del conflicto armado colombiano están en un proceso de construcción de la representación de qué es ser una víctima enmarcada en este preciso momento histórico colombiano, en donde el proceso de paz que se desarrolla se supone que responderá sus preguntas y determinará su futuro. Esa representación y ese significado que harán del proceso de paz y de ser una víctima en este contexto está en construcción, y hablar de la guerra y la violencia ha sido el primer paso para empezar a construirla, a partir de la percepción de que la experiencia de la violencia en sí misma. Para ellos no encuentra explicación posible más allá del sentido moral dado en términos de maldad intrínseca de los actores, y de que la violencia se convierte en un sinsentido que termina por ser enunciado en términos de *no vida*, de negación de

la vida posible más allá de la violencia. La experiencia de la violencia pone en duda el significado de la existencia, niega a la vida misma. Ahora hablaremos de qué significa ser víctima para este grupo de víctimas no asociadas.

Entonces, a partir de la percepción y de cómo estas personas representan y comunican a través de sus narraciones lo que es la guerra y la violencia para ellos a partir de su propia experiencia, vemos cómo se van haciendo atribuciones causales directas de cómo, gracias a un proceso de guerra y de violencia que se encuentra arraigado al país, se desencadena en la construcción de un nuevo término para denominar a las personas perjudicadas por este conflicto: el de “víctima”. A través de sus relatos nos mostrarán cómo este concepto determinará su estatus en la sociedad en un momento jurídico, político e histórico específico, de igual manera que su pasado, su presente y su futuro. Retomamos el relato de Gilberto, quien al responder qué es ser una víctima en el conflicto armado colombiano, nos dice:

“[...] me pregunta qué es eso de ser víctima, pues yo no sé la explicación que usted debe saber por qué se ve que es estudiadita. Yo solo le digo que es casi como ser un indigente y es triste, muy triste, ya a estas alturas de la vida no tener nada y que estar mendigando pa’ poder vivir y que no es culpa de uno es más triste todavía” (Gilberto, 66 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Frente a esta respuesta es importante resaltar cómo, para Gilberto y para otras personas entrevistadas, en narraciones que veremos más adelante, el ser categorizado como víctima, refiere a distintas representaciones de lo que es ser una víctima en el país, representaciones que parten de la historia particular de cada quien y frente a la realidad actual social y política del territorio colombiano.

Junior, hombre de 44 años, víctima de desplazamiento, está acompañado de sus dos hijas, de las cuales dice que son su motivación para seguir en esta “rogadera”

que es el pedir una ayuda. Nos habla de su experiencia en un momento determinado que lo convirtió en lo que ahora le han impuesto, el ser una víctima. Para Junior el ser una víctima es algo que se impone a una persona en contra de su voluntad. En su narración nos cuenta precisamente cómo se le impuso a él.

“¿Cómo le explico? Vea, a uno lo hacen víctima, uno no nace así, sin casa, con miedo todo el tiempo, y lo más jarto, teniendo que andar pagando escondederos de a peso para poder estar medio tranquilo. Uno sabe que vive en un país duro, re duro, y que no es fácil ser alguien acá, pero al menos uno quisiera poder estar medio tranquilo y en su casa. Vea, a uno lo hacen víctima, por lo menos, en mi caso, soy víctima de esta guerra porque me desplazaron, me sacaron corriendo de la casa del puro miedo. Me acuerdo que estábamos en la casa y llegaron los vecinos a avisarnos que habían escuchado en el pueblo que esa gente se iba a bajar del monte para buscar peladitos y peladitas que necesitaban unos para que les cocinaran y les ayudaran por allá. Y yo en mi casa tengo dos mujercitas y, pues, de solo pensar que se las llevaran por allá y con todo lo que uno escucha en televisión, de que las violan, las matan, les hacen niños y se los sacan, uy, no, terrible, uno de papá cómo va a querer eso. Y uno sabía que esa gente estaba por ahí y de que ya se habían llevado más peladitos así. Y no, yo preferí evitar problemas e irme mejor antes de cualquier cosa. Y a la larga después si me enteré que bajaron y se llevaron dos pelados, así que vea que no la embarré” (Junior, 44 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Junior, al hablar de su vida, manifiesta que merece hacer un alto en el momento en el que se convirtió en víctima, en el momento en el cual, por acciones de otros, tuvo que huir de su casa para proteger a sus hijas y a su vida, siendo el miedo el protagonista en su relato; miedo impuesto por otros, al igual que su condición. El miedo que se evidencia en su narración refiere al peligro que corren sus hijas. Para Junior, ellas son el objeto que puede ser violentado, un objeto pasivo que

está en peligro y que debe ser cuidado y defendido de unos actos de violencia precisos. Sus hijas son su responsabilidad directa, y no pueden defenderse sino a través de él.

Nos hace adicionalmente un recorrido por el contexto en el que se encontraba envuelto en el momento de su huida, siendo esto reflejo de cómo se sitúa frente a la historia de su comunidad, de su territorio, y en cómo tuvo que separarse de todo esto para empezar a construir su nueva vida a partir del miedo. Tal vez por este motivo, dice Junior, siempre anda con sus hijas y no las deja solas.

Si tenemos en cuenta que, según Moscovici (Mora, 2002), las representaciones sociales son un proceso que hace que los conceptos y la percepción se complementan entre sí (p. 23), podemos evidenciar en las narraciones de Junior y de Gilberto que, a partir de su percepción, al haber vivido la guerra y la violencia, crean un concepto de ella y además un concepto de lo que es ser una víctima a partir de ello. Percepciones un tanto distintas, desde sus experiencias propias pero que se unen en la forma de percibir que ser una víctima es algo que se impone y no se decide, se impone por voluntad de actores externos. Sin embargo, este concepto de víctima también está en construcción ya que, aunque tiene muchos componentes que van configurando precisamente esta idea, aún falta la parte que complementa aquel concepto después que viene con el Proceso de Paz, y este es el espacio que pertenece a lo que anteriormente llamábamos la incertidumbre.

Ahora bien, es importante resaltar la percepción que se encontró y que refiere a cómo ser víctima se ha convertido en un modelo político que surge en Colombia a partir de la Ley 1448 del año 2011, en donde se nombra lo que es una víctima para el Estado colombiano a partir de la aceptación del conflicto armado colombiano, y que determina cómo será tratada esta población y quiénes pueden ser vistos como tal para fines de la instauración del Proceso de Paz y de los procesos de reparación para las víctimas.

Sin embargo, debido a que, según lo entrevistados, los actos de violencia que se han presentado en el país por acción de grupos armados al margen de la ley han sido respondidos por el Gobierno con el silencio y con la omisión, o incluso, muchas veces como victimario (a través de las fuerzas oficiales), ello produce la percepción de indefensión que les causa esta ley, así como percibir cómo su realidad está determinada por agentes externos que tienen el poder de decisión sobre ellos.

Reflejo de esto que se manifiesta, lo encontramos en Darío, un hombre de 56 años de edad y víctima de desplazamiento forzado. Hace ya seis años vive en Bogotá, y está cansado de vivir aquí; extraña su tierra y manifiesta tener muchas necesidades de las cuales él no es el responsable. Cuando Darío nos habla de su historia del ser víctima refiere a cómo los otros actores involucrados determinaron el rumbo de su vida cambiándola radicalmente.

“[...] en Colombia somos muchos los que somos las víctimas, y **no somos, nos hicieron**, uno nace normal como todo el mundo, libre y tranquilo, y es solo que llegue alguien que se cree más que uno, solo porque tiene un arma en la mano y un uniforme y llegan como veinte detrás iguales a ellos, y creen que pueden hacer lo que quieren con los que no son iguales a ellos, y ahí es cuando les da por hacerlo a uno víctima” (Darío, 56 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

En el relato de Darío se evidencia cómo él reevalúa su existencia, partiendo del punto de cómo antes de los hechos violentos se sentía “normal”, asociando la normalidad con la libertad y la tranquilidad, y cómo cambia esto con la intervención de actores externos que mediante el uso de la fuerza imponen su voluntad. De esta manera, Darío nos permite entender cómo la construcción de identidad como víctima ha estado determinada por la percepción del trato de esos otros actores hacia él, cuando existe violencia, degradación de la persona, vulneración de sus derechos y olvido por parte de las personas que dicen ser los protectores de la

población. Se empieza a configurar en las personas que viven estos hechos una representación de menor valor de la vida cuando no se tiene poder por medios armados ni políticos.

Encontramos en sus relatos cómo la concepción de lo que es ser una víctima contradice la concepción de lo que significa ser humano o de lo que debería ser la persona. Esa imagen que han creado a través de su experiencia es una imagen que va en contravía con la imagen de ser un ser libre, con derechos, y sobre todo con autonomía, ya que, al atribuir su situación actual a esos momentos violentos, plantean cómo, desde un principio, esos otros actores determinaron el valor de sus vidas, de su tierra, las manejaron sin contar en ningún momento con ellos.

Manifiestan que se les pasó por encima de su humanidad, pero no solo en ese momento, y refieren que actualmente tampoco tienen la autonomía de manejar sus vidas, ya que debido al miedo que los embarga sienten que no hay posibilidad de retomar su vida, y están sujetos a lo que ahora por cuestiones políticas más que humanitarias quieran hacer con ellos y con su situación. Sienten, y se manifiesta constantemente, cómo se pone por encima del valor humano, a los intereses políticos.

También encontramos una particularidad en las narraciones de esta población, y es que frente a esta dominación de actores con poder que han intervenido en su situación, el ser víctima se reduce a perder su humanidad ante este poder, perder sus derechos y el poder de decisión sobre sí mismos. Al perder esto asumen que tienen menos valor como personas y lo expresan con términos despectivos, negativos que reciben como una carga social de parte de los otros sobre sí mismos.

Ana María tiene de 42 años y es víctima de asesinato de un familiar en enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército; es soltera y expresa su deseo de ingresar a estudiar a la universidad para desarrollar su propio negocio, pero para

ello tendría que acabar su bachillerato. Por el momento trabaja como empacadora en un supermercado. Es una mujer llena de recuerdos, muchos de estos negativos. Tiene una memoria prodigiosa la cual se evidencia en la forma en la que cuanta sus historias repletas de detalles.

Ana María nos habla de cómo convertirse en víctima fracturó su vida en “varias partes”, pero ello no implica simplemente una cuestión temporal de antes y después, implica el conocimiento y la convivencia diaria con el miedo, la pérdida de la libertad, la inseguridad permanente, la falta de estabilidad, y sobre todo la pérdida del valor humano que se configura a partir del momento en que se le impone esa etiqueta de víctima, lo determina su vida en adelante. Nos muestra como su vida se reconfigura a partir de ello y como experimenta su realidad actual.

“[...] da miedo salir a uno, o viajar, o es que hasta uno ya ni sabe con quién hablar porque uno no sabe quién es quién. Eso es ser víctima, andar asustado y sabiendo que no se puede confiar en nadie y que da miedo todo, y lo peor es sentirse olvidado por todo el mundo [...] sí me gustaría que todo se arregle para nosotros que dejemos de ser como el dedo malo, los pobres, los arrimados, el problema para todo. Ojalá se nos arregle la vida porque esta que nos ha tocado hasta hoy es muy dura y, sobre todo, triste” (Ana María, 42 años, víctima por asesinato de un familiar en enfrentamientos, grupo de víctimas no asociadas).

No solo Ana María nos deja entrever de una manera tan clara la forma en la que percibe como la condición de víctima produce deshumanización, y su vida y su historia pierde valor a partir de la imposición de la categoría víctima sobre su humanidad y de lo complejo que puede ser, el ser una víctima, adicionalmente denuncia la pérdida de sentido, de dignidad y de humanidad que ha significado para ella la violencia y el haberse convertido en víctima. Julio tiene 57 años de edad y es víctima de desplazamiento forzado. Durante muchos años tenía la única tienda que había en su vereda. Dice de sí mismo que es malgeniado y

cascarrabias, cosa que atribuye a su edad. Tiene una expresión dura e inexpresiva que intimida, tal vez debido al cansancio de estar parado hace dos horas esperando que la fila avance.

“[...] es que nosotros no somos nada para nadie... en que como que le va a ayudar a uno más que todo como en que le devuelvan a uno la dignidad, en eso ayudaría la verdad. Y créame que eso es mucho [...]. ¿Cómo le digo yo? Hablo de lo que necesito yo, yo no sé qué necesite todo el mundo. Yo necesito una casa, necesito ayuda económica, necesito tener una pensión por lo menos, porque sin trabajar, porque es que ya nadie le da trabajo a uno, uno no tiene para cotizar una pensión ni nada. Entonces, imagínese que será la vida más adelante, si ahora estamos mal y graves y eso que todavía hay algo de fuerzas para trabajar, no me quiero ni imaginar más adelante cuando uno ya no sirve es para nada” (Julio, 57 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Al igual que Ana María, Julio afirma que convertirse en víctima fracturó su vida, su realidad, todo lo que conocía, para llevarlo a una posición en donde se asume como una persona sin valor, gracias a cómo se ha configurado el trato hacia las personas civiles en medio del conflicto armado colombiano. Hace manifiesto como las relaciones se van haciendo cada vez más difíciles con el Estado, en tanto siente que se pasa de ser un ciudadano digno a un ciudadano “mendigante”, que debe demostrar su condición de víctima para ser tomado en cuenta nuevamente, siente y manifiesta que ha quedado desprotegido, y que no tiene garantías para el futuro.

Para Julio este término va más allá de la categorización que se hace sobre él, incluye además las implicaciones reales de su nuevo status ciudadano, de su ciudadanía incompleta, y de la fractura de su experiencia vital. Además refiere a que la imposición del término víctima determina adicionalmente un trato específico hacia toda esta población, con esta imposición de este término sobre sus vidas no

solo se determina el trato, también como otros serán lo que validarán las historias de sus vidas, su futuro y reivindicarán sus derechos sin tener en cuenta precisamente las historias particulares de cada quien.

Frente a esto vemos como en las narraciones se hace manifiesto el malestar frente a que al perder valor y poder sobre su propia vida debido a la acción de agentes externos; ahora cuestiones políticas determinarán qué será de ellos por tener esta denominación encima, denominación que en ningún momento buscaron. Gracias a esto la incertidumbre y el temor vuelven a aparecer, el no saber qué pasará con ellos, saber si se cumplirá lo pactado, y el miedo de volver a pasar por lo mismo.

Así se evidencia también en el relato de Alfredo, un hombre de 40 años, víctima de desplazamiento forzado. Profesional pero que en la actualidad no ejerce. Así mismo, Alejandro, de 48 años, también víctima de desplazamiento forzado. Estas dos personas en sus relatos evocan lo injusto y lo malo de su situación, una posición radical que recae en las personas culpables de su situación, una posición en la cual no tienen el control y por lo tanto les genera cierto nivel de incertidumbre frente a qué será de ellos, de sus familias, de su vida y de su autonomía. A partir de esto se empieza a construir un sentido de vida, marcado por la incertidumbre del futuro, y el miedo de volver a vivir lo mismo, desde el valor que asocian a ellos como víctimas y a los otros actores como aquellos que manejan el poder y tienen y tendrán el valor de sus vidas en sus manos.

“[...] terminamos siendo los paganos de todo, eso no es justo, eso, señorita, es lo que necesitamos, que alguien piense y vea que nosotros somos lo que hemos resultado jodidos y nadie hace nada por nosotros... lo que nos han hecho sentir y de todas las que le han hecho pasar a uno. Yo no quiero que todo se quede así como si no hubiera importado que le hicieran a uno todo lo que nos hicieron... el tiempo que le han hecho perder a uno estando en esta situación ¿Qué?, ese tiempo no se lo van a pagar a uno” (Alfredo,

40 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas son asociadas).

“[...] no es justo con uno que si le ha tocado comerse toda la “mierda” que le ha querido servir esa gente a uno, y a larga termina valiendo más que uno, que jamás en su juepuerca vida ha hecho nada, porque, por lo menos, yo jamás me he metido con esa gente ni he hecho nada malo, y como por qué tengo yo que seguir penando para todo... ¿Qué puedo hacer? Seguir callado y aguantar lo que le quieran dar a uno que fue el que resultó perjudicado. Si ve, niña, así es la vida que mal le paga al que bien le sirve” (Alejandro, 48 años, víctima de reclutamiento forzado y asesinato de familiares, grupo de víctimas no asociadas).

Ahora bien, frente a como cada una de las personas entrevistadas establecen formas y modelos de actuar frente a esto que los reúne bajo el mismo concepto político del ser víctima, vemos cómo este grupo en particular actúa desde la incertidumbre y desde la necesidad, reclamando lo que por derecho propio sienten que se les quitó a través de la violencia: su estabilidad, en algunos casos su tierra, su vida en general, y por esto acuden a los centros de atención a víctimas y hacen un esfuerzo constante por no olvidar y dejar de lado estos procesos estatales y tediosos, con el único fin de que se les restablezca en una mínima medida su vida y sus derechos.

... *Es víctima aquel al que le han vulnerado sus derechos* (grupo de víctimas asociadas)

A continuación se presentan algunas descripciones y relatos de las personas o grupo de víctimas asociadas, frente a la guerra y la violencia, relatos en los cuales se evidenciará cómo esto, además de determinar la historia particular de cada

individuo, determinará la identidad del grupo o colectivo al que pertenecen estas personas, permitiéndonos evidenciar, cómo la identidad del grupo se configura a partir de las representaciones individuales de estas personas y cómo estas representaciones constituyen la identidad del grupo.

Estas representaciones parten de que los integrantes del grupo se sitúan en un momento determinado de la historia del país marcado por hechos violentos y situaciones de guerra que han tenido como consecuencia haber sido víctimas del conflicto armado. A través de los relatos podremos ver qué implica el serlo ahora en un momento político y social de cambio para el país y para ellos mismos, como lo es el Proceso de Paz.

En principio, al igual que en el grupo anterior, es importante ver que es a través de los relatos en donde se puede observar cómo en este grupo, estas personas crean atribuciones causales de su situación a la guerra y la violencia, y es por esto que la guerra y la violencia se convierten en protagonistas de sus relatos, ya que en casi la totalidad de ellos es un tema constante del cual se parte para hablar de su propia vida, y de cómo esto no solo configura su historia, sino además el grupo al que pertenecen.

El primer entrevistado, que prefirió omitir su nombre, es un hombre de 48 años, víctima de desplazamiento forzado del Caquetá, líder de un grupo de víctimas en Soacha, con una personalidad y una voz que transmiten seguridad. Es una persona con su discurso elocuente y lleno de alusiones políticas constantes. Silencia una sala de aproximadamente veinte personas, quienes le escuchan atentamente y sin perder detalle de lo que les dice; un hombre que se niega a que su nombre se publique, pues según él, nunca se sabe quién lo esté buscando.

En su relato resulta interesante ver cómo, para hablar de la guerra, ser parte desde la noción grupal, pero no específicamente desde el grupo al que pertenece, si no desde toda la población colombiana en general. Inicia hablando de cuáles

son aquellos hechos específicos que algunas personas han vivido directamente, pero que nos afectan a todos por igual, al compartir este territorio y esta identidad como colombianos; hechos que se validan desde la experiencia de aquellas personas que han vivido de cerca lo vejámenes de la violencia y que se convierten en el punto de partida de su discurso y para los cuales se les debe dar la importancia que tienen.

“Te ponen en una situación de vulnerabilidad por medio de alguna actividad en el marco del conflicto armado. Por ejemplo, el desplazamiento, la zozobra, las minas quiebra pata, los secuestros, las desapariciones. Existen múltiples situaciones que se dieron dentro del marco de este conflicto que nos convierten hoy en día en víctimas. No solo por las guerrillas sino por todos los actores que hay dentro de esta guerra que lleva por más de 50 años en nuestro país, afectándonos y dañando el tejido social. Un país lleno de violencia como el nuestro es el que ha generado múltiples víctimas, dicen que más de siete millones, irónico, ¿no cree? Yo creo que somos más. Familias completas desaparecidas, niños perdidos, gente que no quiere hablar, madres mutiladas de corazón para toda la vida. Víctimas somos casi todos, a todos nos ha llegado esto al fondo de nosotros” (Participante anónimo, 48 años, víctima de desplazamiento forzado y asesinato de familiares, líder de víctimas, grupo de víctimas asociadas).

Para él, hablar de la incidencia y de las consecuencias del conflicto armado colombiano, permite reconstruir en cierta medida la historia no solo del país sino de las personas afectadas. Define la guerra como un proceso histórico, que tiene la capacidad de dejar huella, que configura una sociedad de odio, de miedo y de resentimiento. La guerra es un agente histórico y social que debe ser parado, detenido y, a su vez, retomado desde las experiencias de los principales afectados por ella. Hablar de todos estos hechos permite que no solo él, sino también el grupo, se configuren a sí mismos como colectivo a partir de esos momentos, que incidan en la forma en la que actúan y significan su situación.

En cuanto a cómo la guerra tiene esa capacidad de marcar la historia tanto individual como grupal, podemos acudir al relato de Jerónimo, de 43 años, víctima de asesinato de un familiar y de desplazamiento forzado; un hombre que, aunque no es mayor, tiene una postura que refleja lo que el mismo manifiesta, el sentirse cansado se ha convertido en una sensación que lo acompaña permanentemente, pero que por más cansado que esté, dice que es más importante ayudar a toda la gente que ha pasado por lo mismo que él.

Proveniente de una zona rural del Chocó, específicamente de Juradó, de donde salió hace 13 años hacia Medellín, donde asegura haberse sentido discriminado por su color de piel. Nuevamente se marchó de allí hacia Bogotá hace seis años, en donde vivió en un centro de acogida en el centro de la ciudad y en donde sintió nuevamente la discriminación, pero esta vez por parte de otras personas que vivían en ese Centro de Acogida, otras víctimas. Jerónimo salió de Bogotá a vivir en Soacha en donde siente que ha encontrado su lugar, y es que al hacer una revisión de su propia historia dice que la gente en la ciudad es muy egoísta y que la gente de fuera de las ciudades es “gente campesina, buena y humilde”. Es precisamente en este contexto que decide trabajar por las víctimas como él y hacer todo lo que puede para ayudar a que no siga existiendo ningún tipo de discriminación o de abuso de poder.

En principio, Jerónimo nos muestra al igual que el sujeto anterior, como su posición frente a este tema se configura a partir del grupo, y aunque tiene experiencias propias, porque también ha sido una víctima no solo del conflicto armado, ha sido víctima de discriminación racial y de una competencia feroz por los recursos, se para desde la posición del grupo para defender el bienestar de aquellos que comparten su identidad. En su relato, para hablar de la guerra y de la violencia, es preciso hablar desde el dolor que causa los hechos asociados a la violencia, y cómo éstos se convierten en el punto de partida para abordar este

tema. Reivindicar el sufrimiento de aquellas personas que lo han vivido, es el primer paso del cambio político y social.

“Venimos de más 50 años de guerra que ya debe de parar [...] El dolor no puede ganar en Colombia, parte del propósito de todos es dejar una huella para las nuevas generaciones, es que simplemente no puede seguir así esta sociedad llena de odio, de miedo, de tristeza y resentimiento” (Jerónimo, 43 años, víctima por asesinato de familiar y desplazamiento forzado, líder de víctimas, grupo de víctimas asociadas).

En los términos de estas dos personas, vemos cómo nombrar cada uno de los actos violentos ejecutados en contra de las personas y las consecuencias, no solo físicas sino también emocionales de ello, se convierte en algo fundamental a la hora de trabajar y ser parte de un grupo particular como es el de las víctimas del conflicto armado, ya que será la memoria aquel punto de partida desde donde se reivindicuen los derechos y sienten que se valida a la persona y a su vida.

Retomamos aquí aquello que en las representaciones sociales se plantea, y es que son una forma de conocimiento a través de la cual quien conoce se coloca dentro de lo que conoce. Para Jerónimo y el sujeto anterior, la guerra y la violencia ya no se nombran como conceptos abstractos a los que remiten para nombrar algo, en su relato se nota la experiencia de haber vivido precisamente esto que ellos están nombrando. Hablar de la guerra y la violencia ya no es una figura y un símbolo carente de sentido, para ellos es un proceso histórico tangible en las narraciones y las experiencias de las personas y que todas juntas configuran la memoria de un país. Se han apropiado de una narrativa histórica para comprender su proceso y el de los otros, siendo una narrativa vinculante que implica al colectivo y ya no solo al individuo.

Ahora bien, en relación a lo anterior, frente a cómo la guerra y la violencia dejan de ser conceptos abstractos y se representan como un proceso histórico, con

dinámicas propias de él, es importante resaltar cómo la población participante en esta investigación ha vivido y narra su experiencia de lo que ha sido estar en medio de la guerra y cómo ha sufrido la violencia, y de cómo, envueltas en esas dinámicas propias de los conflictos armados se encuentran las personas que son las que asumen las consecuencias de ese conflicto. Estas personas, o víctimas, plantean que al estar involucrados en toda esa situación, de la cual no tendrían que haber hecho parte desde el principio, causa malestar y dolor, y todo esto a su vez determina sus expectativas de futuro, expectativas atravesadas por el real interés de estas personas en un cambio radical de su realidad.

Rosalba, una mujer de 50 años de edad, víctima de asesinato de familiares en medio del conflicto y de desplazamiento forzado, es amiga y trabaja de la mano con Jerónimo, para instruir a las personas frente a los procesos de restitución de tierras. Rosalba es una mujer proveniente del Huila, hace 10 años vive en Soacha, es enérgica y alegre, aun cuando habla de su historia personal, reprende constantemente a Jerónimo por ser tan “serio” y “amargado”, argumentándole que todo va a estar mejor y que de nada sirve que se amargue.

Rosalba nos muestra precisamente cómo el haber estado en medio de la guerra causa un desequilibrio en la vida o “desbarajuste”, como lo llama ella, y del dolor que causa esto, y de cómo precisamente al haber vivido la violencia se convirtió en motivación para que no solo ella si no el grupo al que pertenece busque la restitución no solo económica sino también la restitución de los derechos de estas personas.

“[...] las personas que ocasionaron todo el desbarajuste de su vida sean castigados y así poder llegar al perdón de todo el sufrimiento ocasionado por todos los grupos y aún el Estado. Por esta razón se busca igualmente una remuneración en dinero al igual que les sean restituidos todos sus derechos, al igual que poder regresar a su lugar de origen y que el Estado colabore para comenzar una nueva vida en unión de toda su familia”

(Rosalba, 50 años, víctima de asesinato de familiares y desplazamiento forzado, grupo de víctimas asociadas).

En el relato de Rosalba evidenciamos cómo el retomar y nombrar las consecuencias directas del conflicto armado sobre las personas directamente afectadas, convierte estos hechos como los más significativos, a partir de los cuales es pertinente trabajar, como grupo, pero no solo el grupo de representantes de víctimas. Se pretende que sea un trabajo mancomunado entre las víctimas, las asociaciones y el gobierno, un trabajo que se hace necesario para reorganizar la realidad de las víctimas que exigen la restitución de sus derechos y el trato digno.

Cuando partimos hablando del dolor y las consecuencias directas sobre la vida, que tiene el conflicto armado, para luego trabajar frente a esto en un contexto en donde lo que se pretende es restituir los derechos de la población, permite a estas personas establecer un orden que obliga a los individuos orientarse en su mundo material y social y dominarlo, además de posibilitar la comunicación entre los miembros de este grupo, proporcionándoles un punto de partida para nombrar y clasificar sin ambigüedades los diversos aspectos de su mundo y de su historia individual y grupal.

Sin embargo, existe algo que todavía no permite que esta población pueda configurar y representar su situación de manera completa y lo encontramos en los relatos, al hacerse presente una constante incertidumbre que se refleja en un dolor directamente asociado al por qué de la pérdida de su vida y de su estabilidad. Además, esta incertidumbre va acompañada de la visión particular de las personas que se encuentran asociadas, ya que se paran desde el interés por la restitución de los derechos, y desde el derecho a saber la verdad.

Frente a esto es pertinente hablar de Laureano, un hombre de 56 años de edad, víctima de desplazamiento forzado, y proveniente de Soledad, Atlántico, de donde salió por miedo a represarías contra él o su familia, por ser profesor y decirle

constantemente a los niños lo malo de unirse o los grupos armados. Líder comunitario en su municipio, de donde salió con los mismos ideales, argumentando que vale la pena trabajar por la gente, siempre y cuando todos pongan de su parte.

En el relato de Laureano encontramos una serie de preguntas constantes que dejan entrever que existe también una serie de dudas con respecto a diferentes ámbitos que el grupo comparte: al porqué de su situación como víctima, frente al futuro de él y de todo el grupo, y frente al proceso que se desarrolla en la Habana. Ya que él considera que es representante del grupo, quiere asegurarse que todas estas dudas sean despejadas.

“Porque en el papel es bien bonito.... Pero y ¿a la hora del té, qué? Claro, nos ayudaría en la lucha de nuestros derechos y la reivindicación de nuestros derechos cambiar nuestra actual situación, para que tengamos un mejor vivir... una vida digna, respetando nuestros derechos como campesinos de vivir en la tierra, sanamente. Pero eso, igual, pues sabe, es jodido porque nadie nos va a devolver todo lo que nos quitaron, [...] tengo derecho a saber qué fue lo que pasó, de saber si el que me hizo lo que me hizo fue ese o fue otro o que fue o por qué pasó” (Laureano, 56 años, víctima de desplazamiento forzado, líder de víctimas).

Para Laureano es importante realizar todas estas preguntas que refieren a repensar el porqué de la situación actual de toda esta población; repensar más allá del acuerdo de paz; repensar en el antes de que se convirtieran en víctimas y de que se les diera la categoría de víctimas. Porque para Laureano y para la víctimas, ellos no existen tan solo desde que se les da la categoría víctima, existen desde el momento del nacimiento, y cada una de las historias debe ser validadas como una serie de vidas que han sido vulneradas y de la cuales no se puede seguir abusando. Cada una es una vida que exige y merece respuestas para reconstruirse y reconfigurarse desde su propia historia y a partir de ella poder

pensar en el futuro, pero con aquella condición que se antepone, validar y dar respuesta a esas preguntas que limitan la configuración del individuo en ese contexto.

Es a partir de la percepción de las víctimas y de cómo estas personas representan y comunican a través de sus narraciones y de su experiencia lo que es la guerra y la violencia, que vemos cómo se hacen atribuciones causales directas a la guerra. Cómo, gracias a un proceso de guerra y violencia que se encuentra arraigado al país, surgen las “víctimas” del conflicto armado; a través de sus relatos se evidenciará cómo este concepto determina su estatus en la sociedad en un momento jurídico, político e histórico específico, de igual manera que su pasado, su presente y su futuro.

Como se expone a continuación en el caso de José, el ser una víctima se configura desde el ámbito jurídico, y plantea además cómo esta concepción está marcada por intereses políticos que siguen definiendo su vida de la misma manera que ha pasado hasta el día de hoy, gracias a las acciones de otros.

José es un hombre de 60 años, es víctima por el asesinato de su hermano; proviene de Cabrera Cundinamarca, de donde dice no todo el mundo sabe que está la guerrilla pero ahí están, bien escondidos y haciéndose pasar por gente de bien.

Es un hombre mayor pero aparenta mayor edad de la que tiene; su rostro está marcado por arrugas de las cuales dice empezaron a aparecer desde el día que mataron a su hermano; dice que cada arruga es una noche sin dormir, y una sesión de llanto.

Llegó a Bogotá hace doce años de los cuales lleva cinco siendo un participante activo de las mesas y del trabajo constante con otras víctimas. Ha participado en varios eventos y formaciones que hace Redepaz y es vocero de las iniciativas ciudadanas. Se considera un líder comunitario con mucha experiencia y se une a

todas estas iniciativas argumentando que en vez de estar pensando sin llegar a nada, es mejor utilizar el tiempo que le quede de vida para buscar sus propias respuestas y ayudar a la gente a encontrar las suyas.

Para José, la libertad, la autonomía y el poder de decisión sobre su propia vida se ha visto invadida por ese “título” que se le ha impuesto:

“[...] pues, a ver, una víctima del conflicto son todas las personas que han sufrido... es víctima aquel que han vulnerado sus derechos humanos... un lío jurídico para definirnos a nosotros... un solo título que define mi vida en adelante y desde dónde me tengo que apoderar para poder reclamar... porque como campesino no lo puedo hacer, entonces que toca borrar parte de mi identidad y nombrarme desde el sufrimiento... soy víctima, así que por favor respete mis derechos... ridículo ¿no le parece?” (José, 60 años, víctima de asesinato de familiares, líder de víctimas, grupo de víctimas asociadas).

Frente al relato de José vemos como el haber vivido el conflicto armado colombiano se convierte en el punto de partida para situarse a sí mismo como una persona que resultó perjudicada por esto, pero que siente cómo los demás actores involucrados en el Proceso de Paz parecen olvidar. Se impone un término sobre su humanidad que no respeta la autonomía, la libertad y los derechos que se supone que tiene cualquier persona al ser parte del territorio colombiano.

Al igual que en el caso de José, retomamos nuevamente el relato sobre la experiencia de Jerónimo, quien frente a este tema propone adicionalmente que ante los actos de violencia que se han presentado en el país por parte de grupos armados al margen de la ley, el Gobierno se ha manifestado con el silencio y la omisión, o muchas veces como victimario. Es ver como su realidad está determinada por agentes externos que tienen el poder de decisión sobre ellos.

Todo esto lo que lo lleva a la percepción de indefensión y anomalía causada por la imposición de este término víctima.

[...] bueno, una víctima, para efectos de la ley, es toda persona [a las] que le hayan generado algún daño por el conflicto armado, violando sus derechos humanos... Hay que ser una aclaración y es que el Estado solo considera víctimas a los que están en el Registro Único de Víctimas, pero no es así.... en términos generales muchos son víctimas acá en este país, por la dinámicas propias del conflicto que lleva mucho tiempo agudizando y convirtiendo todo en efectos muy adentro de la piel de las personas. Pero debo aclarar que siempre y cuando esta palabra víctima corresponde a formas legales que nos permiten acceder a la justicia, no solo somos víctimas” (Jerónimo, 43 años, víctima de asesinato de familiar y desplazamiento forzado, líder de víctimas, grupo de víctimas asociadas).

Para estas dos personas el ser una víctima sigue siendo un concepto inapropiado desde donde no se puede posicionar, o generar una representación de su realidad, de su historia y de su vida. Su historia no es validada en este concepto, porque deja de lado al individuo en sí mismo, haciendo una generalización de las experiencias de todos aquellos afectados por el conflicto, llevando a minimizar a las personas. Esta etiqueta pone por encima los intereses políticos, negando la posibilidad a estas personas de otorgarle sentido a este proceso desde sus experiencias propias.

Ahora bien, vemos que hay un constante inconformismo por el término víctima, al sentir que se degrada la humanidad de las víctimas y hacen constante luchas por abolir este término. Sienten que no refleja el ser una persona del común, con derechos y deberes y sobre todo con el poder de dirigir su vida sin temor y con garantías de libertad como cualquiera. Por esto, este grupo en particular siente y expresa cómo es importante para estas personas que han pasado por hechos de violencia extrema y han sufrido las consecuencias, ser activos política y

socialmente. Esta actividad implica poder trabajar para restablecer los derechos de toda esta población y garantizar a través de su trabajo la no repetición, así en las negociaciones de paz se hable de eso, este grupo en particular siente que no es suficiente. Jerónimo lo plantea de esta manera:

“Pues, primero que todo, que dejemos de ser víctimas y regresemos a ser personas. El ser víctima es solo para una línea de atención con la legalidad, pero esto marca una cruz en tu camino. Tu vida no tiene maneras de repararse sí siempre sigues siendo llamado víctima y tú mismo de lo crees tanto que todo lo demás deja de importar” (Jerónimo, 43 años, víctima de asesinato de familiar y desplazamiento forzado, líder de víctimas, grupo de víctimas asociadas).

José María, es un hombre de 53 años; ha sido víctima de desplazamiento forzado y por la desaparición de sus familiares. Toda su vida ha usado silla de ruedas a la que llama “el carrito”; la usa ya que tiene una pierna mucho más corta que la otra y la de tamaño estándar es muy débil como para sostenerlo, así sea en muletas. Manifiesta ser un hombre tímido, pero al momento de hablar no se nota esa timidez, de la cual está convencido. Aunque su voz sea un poco baja, esto no le quita poder a su discurso.

José María expone en su relato cómo pueden existir dos caminos para referirse a las víctimas: uno desde la posición del sujeto que ha vivido cada una de las consecuencias del conflicto armado, y el otro desde la perspectiva limitante de la ley que tipifica y generaliza a una población sin importar las historias particulares.

“Yo considero que esto lo podemos mirar desde dos perspectivas, una desde lo que siente cada uno y luego una jurídica. Entonces, bueno, una víctima es, desde su sentir, alguien a quien fue arrebatado algo en medio del conflicto, una persona que sin razón aparente sufre daño por medio de otras personas tanto en sus bienes como en sus familiares y como en su

persona; esta descripción es parecida con la de la ley, solo que la ley tipifica en qué casos en sí con víctimas o no, determinando así pues si lo que a usted le ocurrió es real o no. Esto sin tener en cuenta que a uno como víctima realmente a pesar de que ellos te digan si lo eres o no lo eres, realmente viviste una situación muy dolorosa para ti y que marco tu vida para siempre” (José María, 53 años; víctima de desplazamiento y de desaparición de familiares, grupo de víctimas asociadas).

Frente a como José María expone los caminos y las limitaciones de lo que es ser una “víctima”, vemos como los sobrevivientes del conflicto armado colombiano están en un proceso de construcción de la representación de que es ser una víctima enmarcada en este preciso momento histórico colombiano, en donde la denominación impuesta por los actores políticos limita y niega su humanidad. Sin embargo esa representación y ese significado que del ser una víctima en este contexto está en construcción, y en una lucha constante frente a humanizar la ley, y en hacer honor a la memoria de todos sus muertos, de su tierra, de su historia, y de su vida, que sienten que no se puede diluir entre el papel y las firmas.

Y es por esto que este grupo en particular no solo hacen una lucha desde lo personal si no que se convierten en actores activos en los procesos de restitución de derechos desde las instituciones, ONGs, grupos o colectivos que los respaldan. Vemos, así, dos formas de actuar frente a su situación gracias a la violencia pero con un fin mismo, el de la no repetición, y desde la posición particular de cada grupo vemos como esto les permite pensar en nuevas formas de entender este conflicto, ya no desde el dolor, si no desde la esperanza de la posibilidad de la construcción de una nueva vida.

CAPÍTULO 2. ¿Y AHORA QUÉ? EL PROCESO DE PAZ Y SUS ACTORES

Colombia está atravesada por una historia política y social que ha estado en una tensión constante entre la guerra y una constante búsqueda de la paz. Desde el mismo origen del Estado Colombiano, la violencia y los conflictos han sido elementos transversales de la identidad nacional y la construcción estatal. De ahí que Colombia se caracteriza por tener los grupos armados organizados al margen de la ley más antiguos de América Latina, cuyos orígenes se remontan a comienzos de los años sesenta.

La historia de Colombia pasa por un primer momento de conflicto político partidista el cual decantó en una dinámica paralela de competencia política y guerras civiles. Posteriormente, el conflicto agrario y la exclusión del régimen bipartidista marcaron una nueva era violenta que tuvo en el campo su epicentro. Años más tarde el fenómeno del paramilitarismo y el narcotráfico vendrían a transformar y complejizar el escenario político generando una violencia de mayor intensidad y crueldad. Igualmente es necesario reconocer la participación del Estado y sus fuerzas regulares como una fuerza o un ejército más que contribuye a perpetuar el ciclo violento. Colombia se ha construido como un país con una guerra de ejércitos.

No obstante, el Estado ha reconocido durante los gobiernos de Belisario Betancur (1982-1986), César Gaviria (1990- 1994), Andrés Pastrana (1998-2002) y el actual gobierno de Juan Manuel Santos (2010- 2018), la necesidad de abordar las reformas estructurales que necesita Colombia desde la necesidad de iniciar diálogos con las guerrillas; reconociendo parcialmente el estado de cosas por las cuales se presentó el alzamiento en armas de los campesinos en Marquetalia en

1964³ -en lo que serían luego las FARC-EP¹- y de los campesinos y estudiantes universitarios en Simacota, Santander –lugar de fundación del Ejército de Liberación Nacional, ELN- causas estructurales del conflicto colombiano que permanecen en el tiempo y que el Estado no ha podido resolver (Gómez, y Uribe, 2015).

En el año 2012 inician las negociaciones con la guerrilla de las FARC-EP para el desarrollo del Proceso de Paz, siendo el primer diálogo que da un lugar a las víctimas, por lo menos en el ámbito de la reparación por parte de la guerrilla y del Gobierno colombiano.

Ahora bien, frente a los “procesos de paz” que se han dado, vemos como durante el mandato de Belisario Betancur, se impulsó por primera vez un proyecto que buscaba la desmovilización de los grupos insurgentes de la época, paralelamente , se crea la Comisión de Paz, la cual estaba encargada de acercarse a los principales líderes guerrilleros. Esta comisión realizó el primer acuerdo de cese al fuego con las FARC.

También bajo este Gobierno se da un paso importante, y es el reconocer a la guerrilla como un actor político, naciendo la Unión Patriótica. Por su parte, el M-19 se alió con el EPL para llevar a cabo negociaciones con el Gobierno de manera conjunta. Los diálogos se establecieron en El Corinto (Cauca) y El Hobo (Huila) y concluyeron en un acuerdo firmado en el cual se establecía el cese al fuego. Sin embargo, tras años de conversaciones, treguas y acuerdos, los procesos de paz adelantados con los diferentes grupos guerrilleros llegaron a su fin en el año 1985, gracias a el incumplimiento a lo pactado por parte de Gobierno y los grupos, la falta de garantías para ejercer la oposición, los ataques a la población civil y el accionar de los grupos paramilitares.

¹ Sobre la fundación de las FARC, es interesante el recuento histórico que hace Eduardo Pizarro León-Gómez (2004) o Arenas (1972).

Con Virgilio Barco se establece un programa llamado “Iniciativa para la Paz”, programa que logra la desmovilización del M-19. En 1990 llega a la Presidencia César Gaviria, que estableció las negociaciones de paz en México con la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (conformada por las FARC, ELN y el EPL), negociaciones que finalizaron tras el secuestro y muerte del ex ministro Argelino Durán por parte del EPL. Sin embargo, durante este Gobierno se lograron acuerdos de paz con el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Movimiento Indígena Armado “Quintín Lame”, una fracción del ELN y el EPL, por su lado, las FARC continuaron su lucha armada.

Con Andrés Pastrana se llevó a cabo el último diálogo formal con las FARC, denominado coloquialmente como el Proceso de Paz del Caguán, en donde se creó una zona de distensión en la cual fueron despejados 42.000 kilómetros del Meta y Caquetá (San Vicente del Caguán, La Macarena, Uribe, Mesetas y Vista Hermosa). La agenda de los diálogos contenía diez puntos y fue llamada “Política de paz para el cambio”, en ella se contemplaban temas sobre derechos humanos, reformas políticas y agrarias, paramilitarismo, derecho internacional humanitario, entre otras. Este proceso también fracasa y llega a su fin tras el secuestro del ex congresista Luís Eduardo Gechem.

Actualmente, y durante el Gobierno de Juan Manuel Santos se da un gran paso que marcaría un cambio en la historia del país; se inician las conversaciones con la insurgencia de las FARC-EP en La Habana en agosto de 2012, con una agenda concreta de cinco puntos (Desarrollo Agrario Integral, Participación Política, Fin del Conflicto, Víctimas y Cultivos de uso ilícito). Esta agenda se denominó “Acuerdo General para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera”². Dicha Agenda se constituye sin duda como el avance más claro que se

² Con el objeto de revisar el Acuerdo General entre el Gobierno Nacional y las FARC-EP revisar la página de la mesa de conversaciones:
<https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/AcuerdoGeneralTerminacionConflicto.pdf>

ha tenido entre el Estado colombiano e insurgencia a lo largo de la historia de los procesos de paz desde 1982 a la actualidad.

Los puntos de la agenda son:

1. Política de desarrollo agrario integral

La propuesta agraria consiste en la creación de lo que se llamarán Territorios Campesinos. Territorios de propiedad de la colectividad y manejados por las personas que la comunidad eligiese para tal fin. Territorios que estarían conformados por las actuales Zonas de Reserva Campesina que estarían conformados por 8 millones de hectáreas y por lo que las FARC denominan Zonas de producción campesina de alimentos con 6 millones de hectáreas.

2. Participación Política

Según el Alto Comisionado para la paz (2013), las FARC han pactado unas zonas que han resultado afectadas por el conflicto y que al día de hoy se encuentran abandonadas; allí el “Gobierno Nacional se compromete a crear en estas zonas un total de X Circunscripciones Transitorias Especiales de Paz para la elección de un total de X Representantes a la Cámara de Representantes, de manera temporal y por X períodos electorales”

A su vez se ha señalado un aumento del presupuesto de los partidos políticos y una especial atención a los partidos que surjan de los diálogos de paz como el partido de las FARC, tanto para su acceso a los medios de comunicación y difusión de su propaganda. Adicional las FARC y sus líderes no tendrían ningún impedimento para participar en política y no tendrían que pagar ninguna pena carcelaria.

3. Fin del Conflicto

El gobierno y las FARC llegaron a un acuerdo frente a este punto el 23 de junio de 2016, en donde se proclama el cese bilateral del fuego por parte de ambos bandos. Además se proclamó el desarme total de la organización subversiva, desarme cuya verificación estará a cargo de la ONU, organismo al cual las FARC tendrían que entregar las armas para que dispongan de ellas a su conveniencia. El desarme se realizará en un plazo máximo de 180 días a partir de la firma del acuerdo final que se realizará en Colombia.

4. Solución al problema de las drogas ilícitas

Las FARC, plantearon priorizar la erradicación manual como principal método de erradicación de drogas, en concertación con los cultivadores y productores de drogas ilícitas, se acordó que los cultivos de las plantas que correspondan a usos ancestrales no se pueden erradicar. Adicionalmente las FARC junto al gobierno colombiano sostienen que es necesario que se considere a la drogadicción como una enfermedad.

5. Determinar quiénes son víctimas del conflicto armado

Uno de los puntos es determinar quiénes son víctimas del conflicto armado. El acuerdo parcial de este punto fue firmado el 15 de diciembre de 2015 y contempla la puesta en marcha de una Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la no Repetición, además de una Jurisdicción Especial para la Paz y de medidas concretas de reparación, y no repetición. Las FARC-EP, además han

señalado que el reconocimiento de las víctimas será por colectivos, además de víctimas campesinas, indígenas y sindicales.

Ahora bien, al conocer los puntos de las conversaciones es importante resaltar cómo precisamente estos temas, la justicia, la verdad, la reforma constitucional y la reparación son los ejes bajo los cuales giran la conversaciones y las negociaciones en la Habana, y se pretende que bajo este modelo se superen procesos de violencia generalizada para reivindicar derechos de las víctimas, además de establecer nuevas formas de discusión, nuevos discursos, nuevas formas de ver, manejar y entender la realidad en la que están inmersos no solo las víctimas, si no toda la población colombiana.

Estos diálogos de paz son de vital importancia ya que en marzo del 2012 se cumplieron 48 años de enfrentamiento armado entre el Estado colombiano y las FARC-EP. Dichos enfrentamientos trajeron al país consecuencias en sus poblaciones, continuos desplazamientos, masacres, secuestros, desaparecidos, entre otras formas de violencia. Las poblaciones afectadas llamadas hoy en día como víctimas perciben y experimentan sus cotidianidades desde sus experiencias, y sus discursos; ellos construyen y comprenden su realidad y así mismo como la expresan.

Dentro de este capítulo se hablará de Los *Otros*, entendiéndose como aquellos actores involucrados en el proceso de paz y en el conflicto mismo: el gobierno colombiano, los paramilitares, la guerrilla, las fuerzas armadas en el margen de la ley y las multinacionales. El papel de esos *Otros* (sea como victimarios, como defensores, o como el Gobierno mismo), es de vital importancia para la configuración de la historia, de cada una de las víctimas, así como para la comprensión de su realidad y como determinante para su futuro.

Adicionalmente se hablará sobre el *Proceso de Paz*, más allá de la aprobación, o desaprobación, se busca comprender la opinión y las discusiones que se dan desde las voces de las víctimas.

... Esa gente por allá y uno acá (grupo de víctimas no asociadas)

El *otro* es aquel agente necesario que le da sentido al discurso de los participantes, ya que sus historias están atravesadas por las vivencias con ese otro; de esta forma no solo el hecho de victimización genera la posibilidad de nombrarse a sí mismo como una víctima, sino que la existencia del *otro* permite que ellos puedan expresar sus pensamientos, sentires y configurar esas representaciones frente al proceso de paz. Ese *otro* hace real la historia de cada uno de las personas que contestaron esta entrevista. Y así mismo, es él que está allá creando (refiriéndose a la Habana) un camino para transformar la realidad de un país, es el otro quien crea el tan famoso proceso de paz.

¿Cómo ven los participantes al otro, cómo se representan en ellos y cómo se construyen sus percepciones frente a los acuerdos?, son los interrogantes que se plantea responder en este capítulo.

En el siguiente apartado se presentarán los diferentes fragmentos de los relatos de las víctimas que no están organizados bajo ningún colectivo, en donde expresan y perciben al otro y cómo esto se relaciona con el proceso de paz.

Los entrevistados en este grupo en particular asumen ciertas posiciones frente a estos actores y frente al proceso de paz. La incertidumbre y el negativismo están presentes en sus discursos; estas percepciones se dan desde el *otro*. No hay una credibilidad en ese otro y a sí mismo no la hay en el proceso.

Un claro ejemplo de esto se evidencia en Junior. Al retomar su relato evidenciamos que desde su experiencia prevé una reincidencia en el actuar y en el comportamiento de los otros a pesar de los acuerdos y una falta de credibilidad que posee desde su perspectiva frente a los grupos armados al margen de la ley. Su historia y su experiencia generan una representación frente a estos grupos y las posibles consecuencias que se generen a partir de ese proceso.

“[...] así hagan la paz con la guerrilla, va a salir después otro grupo peleando quien sabe por qué y se va a terminar volviendo lo mismo, o si no vea con los paracos que se fueron para Bogotá o Medellín y se volvieron fue bandolas lo que les dicen las Bacrim. Eso de aquí a que haya paz en este país la veo grave, y pues ojalá se den las cosas y las negociaciones esas a ver si algún día nos hacen justicia y nos ayudan a recuperar todo, que ya es jodido porque el tiempo y la tranquilidad que tenía uno antes, quien se la devuelve a uno” (Junior, 44 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Para Junior, hablar de cómo, gracias a antecedentes históricos, se genera en él una representación de lo que probablemente pasará con el proceso de paz actual, y le permite situarse y posicionarse frente a él. Junior se para en principio desde la incertidumbre del devenir, pero aun así con una cauta esperanza de que se dé el proceso y así se pueda hablar de cambio para su realidad, y para las demás víctimas del país. Un cambio que se hace necesario suceda desde los principios de justicia y de restitución de su vida, para así poder reconfigurarse a sí mismo no como una víctima, para así poder darle un nuevo sentido a todo el conflicto armado y a lo que viene con el proceso.

Ahora bien, si hablamos de cómo se posicionan estas personas frente al proceso de paz y partiendo de cómo la incertidumbre frente al proceso y al futuro se hace presente en las narraciones, es importante resaltar precisamente cómo se posicionan frente a los otros. Son esos otros actores involucrados en el proceso

de paz y de los cuales no se pueden desligar, porque hacen parte de su vida y de su historia, y de los cuales dependen en cierta medida el día de hoy para poder reconstruir sus vidas y sus futuros.

“Mientras podemos volver a valernos por nosotros mismos que el gobierno nos ayude con plata. [...] el derecho a la justicia es que uno sepa que esas personas que tanto daño nos han hecho a los colombianos que paguen con cárcel por todo eso que hicieron, y el derecho a la reparación yo entiendo con eso que a los que fuimos víctimas el gobierno nos de algo a cambio.

[...] el gobierno permita que vuelva uno a la tierra de donde lo sacaron, y que ya estando ahí le garanticen que no van a volver los grupos armados.

[...] pues yo como soy desplazado de una zona donde hay empresas extranjeras que también abusan de los campesinos y dañan todo lo que encuentran alrededor como los ríos, los árboles; entonces, creo que ellos también son parte del problema y también se debería hablar de eso, porque no ganamos nada con que se vayan los guerrilleros y los paramilitares si se van a quedar es nuestra tierra unas empresas que a veces hacen más daño que los otros. [...] en esa zona donde yo estaba, venían siempre arrasando con todo lo que se encontraba los guerrillos, después los paracos y cuando uno creía que el Ejército lo iba a uno a ayudar, como que pasaban por ahí era haciendo lo mismo, y no recibimos la protección que hubiéramos querido, pero ya cuando uno se viene para Bogotá ahí si lo atienden en acción social pero ahí ya para qué si ya uno se tuvo que ir para su tierra” (Junior, 44 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Dentro de las entrevistas se evidencia de manera constante y mucho más frecuente en la población no vinculada a un proceso u organización que el hablar del otro implica necesariamente recordar un hecho victimizaste. El otro te remite a

un sentimiento y emoción generalmente asociada con la rabia, la frustración, el miedo, la tristeza y el dolor.

El otro, ya sea la guerrilla, el Estado, el Ejército, o los paramilitares ponen sobre la mesa, no solo un recuerdo, sino además un discurso sobre las víctimas que contribuye a la configuración de esa condición de ser víctima. Es decir, cada persona entrevistada se considera como víctima desde la existencia del otro. Así como cuenta Gilberto, señor de 66 años víctima de desplazamiento. El otro es quien ha dañado su vida, el culpable de que él viva como vive hoy en día.

“[...] esos “hijueputas” le joden la vida a uno, y por más que digan que ahora le van a ayudar a uno eso ya pa’ qué. Yo soy católico y los perdoné, uno debe perdonar como enseña mi Dios, pero sigo sin entender qué ganaba toda esa gente sacándome de mi finquita” (Gilberto, 66 años, víctima de desplazamiento, grupo de víctimas no asociadas).

En los discursos encontramos que no solo los paramilitares o la guerrilla son quienes generan la condición de víctima. El Estado también juega un papel importante, sus actuaciones u omisiones son para los entrevistados causantes de los hechos vividos pero además en la actualidad generan dolor al no reconocer la forma en que los entrevistados viven.

“[...] si esa gente viera como vive uno después de que lo desplazan, y es que hasta el mismo gobierno si de verdad abriera esos ojos pa’ ver cómo vive uno, cómo llega a acá, cómo duerme, lo que come, y las penurias de todos los días pa’ vivir, si ellos vieran todo eso” (Gilberto, 66 años, víctima de desplazamiento, grupo de víctimas no asociadas).

Es decir, que ese *otro* ha generado un acto que ha generado un cambio en su vida; estas afectaciones se dan tanto en el pasado como en el futuro. En

diferentes momentos se han generado acciones por parte de esos otros que han marcado en ellos un aspecto deshumanizante, según sus relatos.

O está el caso de Inés, mujer de 47 años víctima de asesinato de familiar y reclutamiento forzado. Para ella lo que resume todo es que para el *otro* ellos son solo un juego.

“En resumen es como si uno fuera un juguete de esa gente y que no les importa, a nadie le importa” (Inés, 47 años, víctima de asesinato de un familiar, grupo de víctimas no asociadas).

Los embates de la guerra son tantos que el *otro* siempre está inmerso en diversos juegos propios del conflicto colombiano; son diversas relaciones que crean situaciones concretas en donde la población entra y comienza a vivir dentro de una guerra de ejércitos, con el paso del tiempo ellos empiezan a reconocerse como víctimas de *otro* que los ha desconocido hasta hoy en día.

Ese otro representado en el Estado o en la guerrilla se convierten en vulneradores o verdugos en la actualidad al no generar garantías y ofrecerles a ellos algunas ayudas, esto por parte del Estado; o el no pedir perdón o pagar con cárcel los delitos cometidos en el caso de la guerrilla, generan en los entrevistados un desazón, poca credibilidad al discurso de ese otro y así mismo, que no se quiera o acepte un proceso de paz como el actual.

Estos diversos matices de la guerra colombiana se reflejan en el relato de Juan de Dios, un hombre de 33 años víctima de desplazamiento forzado, quien relata cómo no existía en su pueblo un solo actor que no replicara las condiciones que lo convertían a él en víctima.

“No había nadie que parara a esa gente, la policía no hacía nada hasta uno los veía hablando con los guerrilleros por ahí como si fueran amigos y pues

uno cree que la policía lo cuida a uno pero no eso tampoco es tan así, y pues cuando al ejército le daba por bajar al pueblo porque esos se la pasan es en la loma, también llegaban era a tratarlo a uno a los madrazos y diciéndole a uno que también es guerrilla.

[...] yo creo que el gobierno también debería pedirnos perdón, porque es que también fue por culpa del gobierno que estamos en las que estamos, como por ejemplo lo que le contaba de mi pueblo que los militares bajaban era también a asustar a todo el mundo y nadie hacia nada y pues porque no hicieron nada para evitar que esa gente llegara a el pueblo y hicieran todo lo que hizo” (Juan de Dios, 33 años, víctima de desplazamiento Forzado, grupo de víctimas no asociadas).

En el relato de Juan de Dios se evidencia aquella noción sobre el otro que se da siempre desde aspectos negativos, sus relatos ponen en evidencia las realidades de la guerra de lo que se vivió y de lo que se vive actualmente. Así como dice Giraldo (2008) cuando habla de la "Guerra desregularizada", para nombrar de alguna manera lo mencionado anteriormente:

“Es en esta guerra desregularizada donde se privilegia el enfrentamiento de grupos armados por la dominación de un territorio y se caracteriza por los estragos en la población civil, en tanto no se cuenta con un Estado; así que la vida y la libertad se pierden como derechos fundamentales” (p. 149).

No solo para Juan de Dios, el otro se convierte en diferentes momentos en un victimario. En este caso, el Estado, siendo el que debe proteger a la población, cambia su posición según las representaciones de la población civil. Pero además es muy difícil para el Estado garantizar medidas de no repetición si aún el país se encuentra en conflicto armado. Estas circunstancias generan que los procesos de reparación estén mediados por el miedo, la inseguridad y la inestabilidad emocional de las víctimas. Un factor adicional y determinante en la sociedad

colombiana es el conflicto como una cotidianidad, una normalidad que se ha instaurado por la larga duración de la guerra y los diversos conflictos sociales, económicos, y políticos que han circundado la historia colombiana (Estrada, Ibarra & Sarmiento, 2003).

Es decir, que el *otro* en sus diferentes espacios ha creado una atmósfera de violencia y replicado la guerra, como hemos visto en el capítulo anterior; lo que condiciona la forma de percibir al otro hoy en día, a la vez de como se construyen las nociones de país dentro de una sociedad que vive de forma constante los embates del conflicto. El hecho de que aquellos actores hayan cometido diversos actos, que no hayan remediado de alguna manera lo sucedido, en el marco de los diálogos que se realizan actualmente, permite que se constituya una posición crítica de las víctimas frente a los procesos reparativos planteados en la Ley de Víctimas y en el proceso de paz actual.

Sumado a esta resistencia generada por los participantes, se analizó que el otro, la guerrilla, es un referente para la víctima de algo negativo y es descrito con calificativos como *esos hijueputas, esa gente, esa plaga, esos bandidos, esos verracos, ese tipito o los tipos esos, ese señor, los guerros, los delincuentes esos, la gentuza esa, los ampones, esos indios, asesinos o esos carniceros*”, epítetos recurrentes cuando se habla de los victimarios.

Desde esta forma de comprender al *otro* y calificarlos desde lo negativo, para los participantes se genera una idea sesgada o parcial frente al proceso. Sus representaciones sobre el otro no conciben estos diálogos como algo positivo, ya que se generan en otro espacio, lejano a su realidad. Se ha creado el imaginario de que los agentes que están desarrollando los diálogos se encuentran en una especie de vacaciones, mientras ellos (los participantes) están en el país sufriendo y resistiendo, por lo que es común encontrar en los relatos frases como “esos están allá y nosotros acá aguantando”.

Por otro lado, existe entre los entrevistados otro malestar que atraviesa sus sentires. No solo es para ellos un inconveniente que los diálogos se generen lejos de su realidad sino lo que generaría el proceso es sí un problema para ellos. Ese problema radica en la resolución del mismo conflicto y en las penas que se les adjudicarán a los miembros de la guerrilla.

“Cárcel y más cárcel, cárcel pa’ todos esos verracos [risas], no, pero en serio, yo creo que si deberían tenerlos en la cárcel un tiempo, porque no es justo que hacen las que hacen y como si nada por la calle; yo no me imagino caminando en la calle y encontrarme en la calle al tipito que me sacó de mi cama pa’ sacarme de mi casa” (Gilberto, desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

De esta forma, para Gilberto, lo único que importa de estos diálogos es que estos sujetos paguen los hechos que realizaron en el pasado. No hay cabida para procesos como la transformación, el perdón o la reconciliación. De este modo se pide que existan penas severas que logren compensar los hechos vividos en el pasado.

Pero por otro lado, y retomando lo analizado anteriormente, esta representación no es solo sobre la guerrilla, sino que el Estado juega un papel de gran importancia en la forma en se concibe el proceso. Ya que se establece que lo sucedido es también consecuencia de un olvido histórico y estructural que han vivido las diversas regiones y sus pobladores. La contradicción de grupos como las guerrillas que surgen para dar respuesta a este mismo olvido estatal. Al considerarse que el Estado es a la vez culpable de lo que ha sucedido, es responsable también ahora de recompensar lo ocurrido.

“Que no solo la guerrilla si no también que el gobierno se encarguen de cuidarnos y de garantizarnos que no nos van a seguir abandonando, como en esa época, es que vea, en mi pueblo nosotros tratamos de decirle al

gobierno que estábamos en peligro y nunca nos hicieron caso, pareciera que les tuvieran miedo a esa gente y vea lo que pasó, bueno eso ya fue, pero si el gobierno sigue haciéndose el bobo con la gente” (Juan, 43 años víctima de desplazamiento Forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Por consiguiente se puede hablar de varios factores que refuerzan la idea negativa sobre el proceso de paz: las penas, la desconfianza, el olvido estatal, el lugar donde se realizan los diálogos; pero además existen otros factores: los diversos procesos de paz anteriores fallidos, (recordando el fallido proceso de San Vicente del Caguán), los incumplimientos por parte del Estado, las políticas transicionales que no resuelven en su medida las situaciones actuales, las medidas publicitarias por parte de gobiernos concretos (el caso del periodo de Álvaro Uribe) y las oposiciones al proceso de paz que generan información errónea dada por diversos medios. La mayoría de las personas entrevistadas que no pertenecen a ninguna organización no posee mayor información sobre el proceso más allá de lo que los medios de comunicación explican, las redes sociales exponen o lo que alguien más les haya comentado.

Este último punto es de gran interés durante la investigación debido a que dentro de las entrevistas se encontró de forma frecuente un total desconocimiento del proceso de paz, conocimiento parcial o influenciado por terceros, por medios masivos de comunicación o por las redes sociales; lo que logra parcializar las percepciones sobre el proceso y todo lo que se refiere a las víctimas.

Es necesario recordar que los medios de comunicación son actores importantes frente a como se configuran las representaciones de las víctimas ante otros actores y a la vez ante el proceso de paz. Hay poca información sobre las negociaciones, a pesar de que ha habido intentos de suplir esos vacíos, las víctimas que no estén organizadas tendrían que estar acudiendo a otras fuentes y voces involucradas, acciones que no suceden en la cotidianidad.

La información que da las voces oficiales; Gobierno y FARC, deben coexistir con sectores que buscan posicionar su propia interpretación sobre la necesidad, oportunidad y legitimidad del proceso de paz, esto según los participantes que pertenecen a alguna organización, los cuales suelen estar más a favor del proceso y generan encuentros de formación frente al mismo como es el caso de Redepaz. Continuando con lo encontrado dentro de la población no organizada, la falta de conocimiento, sumado a las percepciones dadas en los medios, ha reproducido en varios casos un rechazo al proceso por considerar que no cumplirá con lo que dicen, o se considera que las medidas reparativas no son suficientes, o por el contrario que se darán demasiados beneficios a “esos” otros. Esta negatividad frente al proceso también está envuelta por un pensamiento en donde se considera que no se les tuvo en cuenta a ellos para crear dicho diálogo; lo cual generaría que las medidas de reparación no sean suficientes.

“Uy, no, cómo se le ocurre, deberían llevarnos, bueno, no creo que puedan a todos, pero si a algunos, porque es que nadie sabe, ni ellos mismos, por lo que uno pasa, o por lo menos yo había pensado que nos reunieran aquí en Bogotá o donde hayan más así como nosotros y nos digan o pregunten qué necesitamos o qué pensamos de esas reuniones pues al menos para que sepan algo y con eso ellos allá arreglen lo que tengan que arreglar” (Juan de Dios, 34 años víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

Continuando con esta forma de percibir el proceso, existen otros agravantes que se encontraron dentro de los relatos y es la noción sobre la posible participación del movimiento guerrillero dentro del gobierno por medio de la política al convertirse en un partido. Esta idea no la conciben como positiva y por eso mismo pierde legitimidad el proceso de paz, argumentando una vez más que esté solo beneficiará a unos cuantos.

“Pues que guerrillas y una gente del gobierno se fueron como hace ¿cuánto? 3 o 4 años, dicen que lo que quieren es hacer, es hacer las paces; también escuché que dizque quieren trabajar en el gobierno, mucho descaro ¿sí o no?, sé que a nosotros solo nos quieren pedir perdón y devolver las casitas, así como lo más importante eso es lo que he escuchado” (Samir, 48 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

La falta de legitimidad del proceso se evidencia en casi todos los relatos, en donde casi todos coinciden en que “hasta no ver no creer”. A continuación se mostrarán varios fragmentos de entrevistas que permitirán seguir con el análisis y reafirmar lo mencionado anteriormente:

“Pues como le digo tampoco es que se sepa mucho de lo que están haciendo por allá, entonces no puedo decir que si están haciendo o no están haciendo, por el momento pareciera que sí, porque el Presidente ha salido todo feliz a decir que las cosas van bien y que no sé qué; eso sí hasta que uno no vea esa cosa firmada y que pase algo pues como que no creo de a mucho” (Samir, 48 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

“No creo de a mucho, como van a creer que nos están solucionando la situación y sin nosotros allá, es como si le estuviera revisando a uno el médico por teléfono algo así” (Samir, 48 años víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

“A mi si me gustaría que me explicaran eso porque he visto en el noticiero que hablan de reparación, y justicia y paz, pero no sé bien de qué están hablando, porque la reparación según entiendo es que le dan algo de plata a uno y ya y creen que con eso ya se le va a olvidar a uno mi hermano. Eso no es así tan fácil, y pues si la plata ayuda pero no es todo igual uno queda

con la rabia y el miedo y además con una plata que hasta quien sabe si lo matan a uno por eso después” (Gilberto, 66 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

“Lo que más he escuchado y más que todo visto en el noticiero y así cuando uno habla con la gente mientras esta aquí sentado esperando es que, al parecer, ojalá no sea solo chisme es que le van a dar algo de plata a uno como para compensar todo este tiempo y para uno hacer algo. También por ahí eso si me lo dijo una señora era que para los qué les habían secuestrado familia y que todavía no les han entregado los cuerpos o a la misma gente que les dicen dónde los dejaron o les devuelven los que están vivos; pero eso qué va a haber alguno vivo. Por ahí también me dijeron que a los que los sacaron de alguna finca o algo se las van a devolver, y que para que no los metan a la cárcel tienen que pedir perdón; usted se imagina donde esa gente de verdad cumpla todo eso, esto se compone y este país hecha pa’ arriba” (María de los Ángeles, desplazamiento forzado).

A partir de estos fragmentos y ejemplos es evidente cómo la percepción del proceso no es clara debido a la falta de información y a la constante manipulación de los medios. De esta manera los miedos y las necesidades de las personas imponen barreras perceptuales y cognitivas en el procesamiento de nueva información con una tendencia a subestimar la posibilidad y la ocurrencia de un cambio. Asumir al otro es bastante difícil debido a la historia misma.

La deshumanización del enemigo hace que sea más difícil llegar y entender la perspectiva del otro haciendo inaccesible la perspectiva del otro y contribuyendo a crear barreras a creer en la resolución del conflicto armado. Las relaciones que se dan entre esos otros y las víctimas muestran una fuerte tendencia a encontrar evidencias que confirmen su imagen negativa del otro y a resistirse a las

evidencias que pudiesen controvertir esa representación (Kelman & Fisher, 2003, pp. 320-321).

El punto de vista de las víctimas hacia los victimarios está cargado de diversos factores, pero uno de los más fuertes está dado desde el discurso de un tercero (entiéndase medios de comunicación y partidos políticos) el cual agudiza los sentires y busca el control y gobernar, expulsando todo lo que sea potencialmente riesgoso, logrando así la constante persecución del enemigo. La deshumanización de este enemigo se hace a través de mecanismos de auto-conservación particularmente destructivos en la confrontación con el adversario-enemigo.

Esta deshumanización se ha realizado desde los diversos juegos verbales que han ido construyendo una semiótica desde los años sesenta que amplifica la capacidad demostrativa de la fortaleza de los actores en confrontación. Se pueden recordar varios ejemplos de apoyo como lo fue: la silla vacía del Caguán, el collar bomba atribuido a las FARC- EP por quienes lo cometieron, el discurso del expresidente Uribe Vélez, el falso montaje sobre la "desmovilización" del bloque 'La Gaitana', la implementación de adjetivos y la falta de información e investigación sobre algunos de los hechos ocurridos.

El investigador Fernando Estrada (2004) en su libro *Las metáforas de una guerra perpetua*, afirma que la guerra lleva consigo sus propios sistemas de valoración y medida. Sostiene que "la guerra parece negarles lugar a los argumentos humanitarios, la guerra es irracional" (p. 9). En tal sentido, parece que los epítetos tienen nula capacidad disuasiva y, paradójicamente, pueden construir un imaginario negativo.

La deshumanización del enemigo en los canales públicos supone que va en contra del directo agresor pero a la vez en contra de quienes suponen que son sus aliados o cómplices, como se ejemplifica en este caso con el proceso de paz, la guerrilla y el Estado.

El lenguaje es importante para la construcción de la realidad y la comprensión e interpretación que tienen las víctimas frente al proceso. Anita Wenden (2003) afirma que el lenguaje no es un medio neutral para la descripción de la realidad, ya que moldea activamente y da forma a las experiencias humanas, influenciando las prácticas y la forma en como las personas piensan frente a determinados objetos, eventos y situaciones particulares. Igualmente Wenden (2003) enfatiza en que “el significado asignado a un objeto, evento o situación particular variará dependiendo de las perspectivas biográficas, históricas, socioculturales y políticas de distintos grupos. Entonces existe una competencia entre los grupos por determinar cuál representación de la realidad es aceptada” (p. 170).

Los medios de comunicación junto con las experiencias de las personas son determinantes en la construcción de la realidad del proceso de paz. La cobertura mediática del proceso, su visibilidad, los enfoques interpretativos y los estándares de interpretación de los temas son determinantes para la construcción de las actitudes y representaciones sociales frente a la paz.

Esta influencia de los medios es mayor en un gran número de víctimas que no son partícipes de procesos organizativos, debido a una falta de información y procesos formativos o reparadores. La mayoría de las personas entrevistadas tienen mucho dolor y esperan con ansias que algo suceda que los pueda reparar, algunos desean dinero, otros salud, otros solo quieren saber el porqué, otros quieren que les pidan perdón, etc. Su idea sobre el otro no contempla el perdón por parte de ellos hacia los culpables de los hechos que se vivieron, por lo que es posible que el proceso de paz no sea un camino viable del todo; sin embargo, si es necesario. La constante frase de “hasta no ver no creer” se crea una doble vía, se niega el proyecto pero a la vez se espera que algo suceda.

Hay un otro que no se acepta pero que es necesario. Un Estado que olvida, un ejército que arremete, un país que olvida; pero se necesita un Estado que cumpla,

un ejército que deje las armas y pida perdón y un país que esté más pendiente. Desde esto el proceso de paz se vuelve un mito, un “escuche acá”, “me dijeron”, “yo vi”, “yo pienso”. No hay una claridad sobre el proceso, y eso genera una percepción negativa frente al mismo.

Las representaciones sociales sobre el proceso de paz se da por la unión de lo psicológico y lo social, de este modo se le da forma al sentido común que se construye socialmente. Este conjunto de ideas de las personas entrevistadas le dan solidez a las creencias de los sujetos y se logra comprender la realidad.

De esta manera el proceso de paz es un escenario de alta controversia política y social de modo que la construcción de un consenso social en torno a este permite el respaldo al mismo y poder medir sus consecuencias. Sin embargo, el proceso tiene un elemento complejo como la paz, la cual se presta a múltiples interpretaciones; y estas parten desde la comprensión y la experiencia de cada individuo pero se convierten en una construcción colectiva gracias a elementos comunes como los que se observan en la población de víctimas no organizadas. Es importante tener en claro la multi-dimensionalidad interpretativa, no solo para efectos del proceso de paz y su lógica y dinámica política, sino también a la hora de analizar las representaciones que surgen desde la opinión pública y favorecen la construcción de las actitudes, comportamientos e imaginarios sociales que viven las personas.

La historia de las personas participantes son las que direccionan y dan sentido a sus percepciones y esto se suma a las representaciones sociales frente a los otros procesos de paz, los fracasos generaron una percepción negativa a esta nueva salida dialogada del conflicto. Es decir que las representaciones tanto individuales y sociales de las víctimas frente al proceso son de contraste: hay un pasado fallido, un presente no confiable y un futuro dudoso.

Para este grupo de sujetos el proceso es una oportunidad pero a la vez un riesgo:

“[...] yo si me siento bien y confié en que las cosas van a seguir bien” (María, 37 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas, grupo de víctimas no asociadas).

“[...] a mí me parece que todos lo que negociaron era lo que había que negociar, para mí sí está como bien completo todo lo que hablaron, ya tocaría es que como que dejen abiertas las opciones, para que en caso de que mientras ya empiezan a hacer lo que prometieron vean que falta algo pues que lo incluyan” (Julio, 57 años víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

“[...] la verdad es que le digan y le expliquen a uno por qué lo sacaron y por qué hacen lo que hacen; también que se arrepientan y que pidan perdón, pero de corazón y de verdad, no solo porque les ayuden a ellos o algo sino porque de verdad les interese a nosotros, ya mucho tiempo les hemos importado nada, ya es hora que nos paren bolas. La justicia es lo que no ha habido hasta el momento para con esa gente, al contrario vea los tienen allá rico paseando, en el mar, quemando tiempo porque esas negociaciones no son más sino una quemadera de tiempo, y yo creo que ya es hora de que les hagan algo, de que les hagan pagar de alguna manera todo lo que le han hecho a la gente, y la reparación es que están prometiendo que nos van a ayudar, ¿quién sabe cómo pensarán ayudar?, pero pues eso es lo que están que prometen, la verdad yo creo que eso es mucho como para ser verdad” (César, 29 años, víctima de reclutamiento y desplazamiento, grupo de víctimas no asociadas).

Afirmaciones como las de Enrique son la muestra de lo que se generó entre la mayoría de los participantes frente al tema del proceso:

“[...] yo la verdad estoy convencido que no eso no va a pasar, pero pues hay que confiar, ¿no?” (Enrique, 34 años, víctima de desplazamiento forzado, grupo de víctimas no asociadas).

De esta manera, es un riesgo pero seguro podría llegar a ser una gran posibilidad, pero esta percepción no es solo por parte de las víctimas, también por parte del otro. En los relatos encontramos una doble vía, se acepta pero se niega a la vez dicho proceso, dejándolo a una posibilidad dada en la confianza de que algo puede suceder al final.

Esta posibilidad dada en la confianza recae en el otro, el otro es quien puede asegurar que eso suceda para que ellos crean que puede ser verdad. De este modo el proceso de paz es también visto como una responsabilidad del otro. El proceso de paz adquiere una carga axiológica que denota la idea de gubernamentalidad y liderazgo en los discursos de esos otros, como parte de la justificación de las decisiones tomadas y que además, según ellos, no tuvieron en cuenta a la totalidad de las víctimas. De un modo indirecto se niega la agencia de las víctimas, quienes no se piensan como partícipes del proceso realmente.

El proceso de paz visto desde la representación hecha por ellos es la reafirmación de un sistema de creencias y acciones a nivel de la identidad colectiva. En este caso, la responsabilidad es una atribución que les dan a esos otros, quienes deben demostrar su compromiso y así ya no solo es un riesgo y una negación, sino, por el contrario, una realidad y una posibilidad.

“Si firman la paz, ya no hay miedo de nada”.

“Yo solo digo y espero que ojalá todo eso que andan diciendo que va a pasar con nosotros, no se quede en intenciones”.

“De ahí a que lo cumplan quién sabe, esperemos”.

“Una cosa es que digan qué están haciendo eso, otra bien distinta que si lo vayan a hacer”.

“Si alguien de verdad le cree a esa gente que van a cumplir eso ya es ser muy ilusos”.

“Las discusiones y acuerdos le aportarían a estabilizar nuestra situación como desplazados”.

“Ya uno no confía y prefiero no ilusionarme”.

“Ya de solo palabra si no creo, en nada de lo que digan o prometan”.

El proceso de paz es también una necesidad imperativa y hay un interés colectivo en que algo suceda, que no está en sus manos o acciones posibles sino la de esos otros, pero que a la vez dichas acciones deben tener la aprobación del colectivo de víctimas. Es por eso que se encuentra dentro de los relatos momentos en los que se afirma que no contaron con su aprobación, o que no contaron con ellos, o que ese otro no sabe lo que en realidad pasó; pero a la vez se analizó qué se exigía por parte de ellos que el Estado debe hacerse cargo y la guerrilla debe cumplir.

Por otro lado, algunas de las concepciones que se encontraron de igual manera frente al tema de la paz fueron imaginarios relacionados con la tranquilidad y la armonía tanto individual como colectiva. Al igual que una idea relacionada con la posibilidad de volver a un antes, de regresar a ese instante en que sus vidas cambiaron, a sus casas y sus tierras. Estos imaginarios muestran una necesidad de transformación de la realidad que se está dando y a la posibilidad de reconstruir una historia.

La construcción de los imaginarios sociales y las actitudes frente a la paz y los diálogos necesariamente cambian desde las historias, conocimientos y por la posibilidad de tener una mayor construcción lingüística y comunicativa de la realidad; partiendo siempre de que hay una ausencia de información oficial, lo que genera que existan terceros actores que influyen dichas construcciones. Esto sucede en el caso de esta muestra poblacional. Pero difiere bastante cuando los participantes hacen parte de procesos organizativos, teniendo acceso a otra información, a procesos pedagógicos y de reconciliación.

... El proceso, una apuesta necesaria (grupo de víctimas asociadas)

Al hablar sobre el proceso de paz con personas que tienen procesos organizativos a diferencia de la población anterior se hace evidente la historia personal, la experiencia de vivir la guerra y la violencia, el cómo es ser víctima en el país, lo que conlleva a que se genera una opinión personal acerca de los actores involucrados en todo este proceso. Esto se da gracias a los procesos que viven dentro de las organizaciones que permiten transformar sus discursos frente a lo ocurrido y frente al otro.

“¿Sabe qué pienso yo?, que la mayor necesidad de nosotros es dejar el odio y poder perdonar y seguir nuestras vidas. Nos han enseñado a odiar, pero no debemos. El dolor no puede ganar en Colombia, parte del propósito de todo es dejar una huella para las nuevas generaciones, es que simplemente no puede seguir así; esta sociedad llena de odio, de miedo, de tristeza y resentimiento. Por eso, nosotros como ----- iniciaremos una campaña para invitar a la gente al perdón y a la reconciliación. Solo así llegaremos a la paz en poco tiempo. Para mí es mucho más importante la verdad a que los guerrilleros vayan a la cárcel...

[...] Pues primero que todo que dejemos de ser víctimas y regresemos a ser personas. El ser víctima es solo para una línea de atención con la legalidad pero esto marca una cruz en tu camino. Tu vida no tiene maneras de repararse sí siempre sigues siendo llamado víctima y tú mismo de lo crees tanto que todo lo demás deja de importar. El proceso resiliente debe empezar desde el dejar de llamarnos a nosotros mismos víctimas, eso es lo que espero. Y espero de corazón que no regrese la guerra. Es que sin perdón y reconciliación en muy jodido que las cosas cambien. No ganamos nada, pueden hacerse mil procesos, desaparecer mil guerrillas pero volverán a surgir mil grupos más. Lo que espero es que esta Colombia cambie, que la gente cambie, el problema de acá no es solo la güerilla como nos han querido enseñar y mostrar” (Jerónimo, líder de víctimas).

Para esta población el proceso de paz se configura no solo en este momento preciso, sino que por lo contrario es un continuo desde hace ya casi 60 años, donde se comprende que el país está en guerra; por ende, para ellos, hablar del conflicto es hablar de su historia, por eso aunque el fin mismo de la investigación era establecer la significación acerca del proceso de paz, ellos mismos nos dieron los medios para poder interpretar el resultado de esta categoría. Hablar del proceso de paz, en principio se tiene que hacer desde las historias de cada uno de los sobrevivientes de la guerra, pero también desde la posibilidad de cambio que puede haber dentro del proceso de paz.

Un ejemplo de esto lo da Jerónimo, un Líder de víctimas, quien a pesar de su experiencia de haber perdido parte de su familia y tener que desplazarse, ve el proceso como una posibilidad de transformación. El otro para él, de esa manera, deja de ser un enemigo y se convierte en un agente que debe asumir las consecuencias y a la vez aportar al cambio del país.

“Para mí y muy seguramente para la mayoría de nosotros el acuerdo nos trae esperanza; llevamos mucho tiempo esperando que esto suceda. Claro,

seguro, somos escépticos por la misma [forma] en que se ha dado en la historia en Colombia. Pero ver como la guerrilla ha creado junto con el gobierno un modelo de verdad, justicia y reparación pues resulta maravilloso para nosotros. Ahora tenemos que entender que hay que cambiar el chip. ¿Cómo nos ayuda? Pues es que existiera un modelo jurídico que permite que nuestros derechos sean efectivamente reparados, protegidos y garantizados. Este modelo está siendo aceptado por la Corte Penal Internacional, cumple con los estándares internacionales y nosotros como víctimas lo aceptamos ya que pues venimos de más 50 años de guerra que ya debe de parar” (Jerónimo, 43 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas).

Se evidencia en su discurso que el otro, a comparación de la población anterior, ya no es tan solo un victimario, sino que se reconocen las acciones que han ido desarrollando dentro de este proceso, dándole lugar a otras percepciones e imaginarios. Como es el caso de José Oscar quien relata cómo entiende él lo que está sucediendo.

“Yo la verdad pues si veo el acuerdo con mucha esperanza. Creo que muchos, muchos, muchos de nosotros estábamos, pues, esperando que algo de este estilo pasara. Pues porque bueno, si los anteriores intentos nunca funcionaban porque nunca hubo garantías de no repetición, claro acá sería el cese por parte de unos, de los múltiples actores, pero eso ayuda un poco, un paso más hacia lo que hemos esperado siempre. Así que es un gran paso para todos, que se den estos diálogos que han sido tan diversos de todo anterior intento y que al parecer buscan el trabajo en conjunto de todo los actores involucrados y pone entre dicho el hecho que, de que algo más tiene que suceder con los demás. ¿Si me entiende?... Es como una especie de suerte, de un quizá, un posible camino, pero es algo” (José Óscar, 60 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas).

Existen algunos puntos de diferencia entre la población de víctimas organizadas y las que no lo están. Uno de ellos es el que se analizó anteriormente frente a la forma en que narran sus historias, cómo interpretan al otro y al proceso en sí. El otro punto que se da entre las poblaciones es la forma en cómo se perciben a sí mismos, es decir, cómo dimensionan el concepto de víctima dentro de sus vidas.

Para esta población es claro que el ser víctima corresponde, sí, a vivir un hecho que afectó sus vidas, pero también le suman a esto que el ser víctima es un requisito legal necesario que les permite contar su historia y luchar para que el Estado, la guerrilla y los paramilitares los reconozcan y así mismo se creen vías de reparación y no repetición.

“Un lío jurídico para definirnos a nosotros... un solo título que define mi vida en adelante y desde donde me tengo que apoderar para poder reclamar ...porque como campesino no lo puedo hacer, entonces que toca borrar parte de mi identidad y nombrarme desde el sufrimiento... Soy víctima así que por favor respete mis derechos... ¿ridículo no le parece?” (José Óscar, 60 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas).

“Yo considero que esto lo podemos mirar desde dos perspectivas, una desde lo que siente cada uno y luego una jurídica. Entonces, bueno, una víctima es desde su sentir, alguien a quien fue arrebatado algo en medio del conflicto, una persona que sin razón aparente sufre daño por medio de otras personas, tanto en sus bienes como en sus familiares y como en su persona; esta descripción es parecida con la de la ley, solo que la ley tipifica en qué casos en sí con víctimas o no, determinando así pues si lo que a usted le ocurrió es real o no. Esto sin tener en cuenta que a uno como víctima, realmente, a pesar de que ellos te digan si lo eres o no lo eres, realmente viviste una situación muy dolorosa para ti y que marcó tu vida para siempre” (José María, 56 años, víctima de desplazamiento y asesinato de familiar, Grupo personas asociadas).

Esta noción de víctima, desde dos puntos de vista, permite entonces posicionarse frente al proceso de una manera distinta, independiente de su percepción frente a ese otro, en este caso la guerrilla. A partir de esa diferencia se construye un cambio significativo, el proceso de paz ya no está tan deslegitimado y se considera más como una opción o como una posibilidad. Para lo cual se aborda desde su estudio, replica y construcción de caminos para el futuro.

La historia de los participantes empieza a ser distinta a la de los anteriores participantes debido a que han llevado a cabo un proceso con diversas organizaciones, con las cuales han ido resignificando sus vidas, perdonando, dejando atrás ese pasado tormentoso y generando nuevas expectativas de vida. Es el caso de Irene y Alba Marina, quienes cuentan su experiencia y su forma de comprender el proceso desde los talleres y su participación dentro de una organización.

“Sé lo que todo el mundo sabe dentro del mundo de las organizaciones de víctimas, que ha habido una serie de encuentros y de discusiones sobre diversos temas, entre ellos el tema de las víctimas. Y es lo que se está acordando. Donde estamos hablando, donde se dijeron nuevos pensamientos y sentimientos y ahora esperamos que ellos nos los retribuyan de alguna manera. Ahora esperamos que las cosas cambien, que la vida de todos cambie” (Irene, 47 años, víctima de desplazamiento forzado, Grupo personas asociadas).

“Sabe qué es lo que más me gusta a mí de esto, yo no sé mucho, hasta ahora es que nos están dando talleres sobre el tema del acuerdo. Pero eso es lo que precisamente me ha gustado, que está resultando un desafío total para todos. Como que todos no tienen claro cómo es que esto va a ser, pero saben que quieren intentarlo y lo estamos haciendo: digamos, como el taller de hoy, sobre la paz y el acuerdo. Es bonito porque aprendí porque

se está haciendo y para qué y cómo nos beneficia a todos nosotros este tema. Y esta como bien hecho, porque uno lo mira y ve que están tratando de hacerlo, como le dicen... ah, sí integral. Como que las voces de todos están quedando plasmadas ahí” (Alba Marina, 46 años, víctima de desplazamiento forzado, Grupo personas asociadas).

Estas diferencias en sus relatos dadas por sus experiencias dentro de las diversas organizaciones permiten que las representaciones frente al proceso se construyan desde otro punto de vista, poniendo mayor atención a otros aspectos. Estos temas son, por ejemplo, la justicia transicional o los procesos de reparación; de este modo se analizan los procedimientos por medio de los cuales debe realizarse la reparación (individual, colectiva, material o simbólicamente), los montos y fuentes de financiación según el tipo de victimización. Para la población de víctimas organizadas el proceso es una esperanza pues en una espera para que el apoyo estatal e institucional de y que así mismo se garantice la no repetición de los hechos.

”Queremos la paz con justicia social, queremos que se nos repare, nos escuchen, que nos prometan que esas cosas no van a volver a pasar nunca más y que si regresamos a la tierra, viviremos bien, con mejores condiciones que las de antes, porque volver a lo mismo no. Yo no quiero volver, yo hice una vida acá en Bogotá y para mí es lo mejor, conseguí amigas, trabajo, ayudo mucho acá en la organización, y bueno, poco a poco he salido adelante. Pero sé que muchos si quieren regresar y tiene derecho, pero que cuando lo hagan lo hagan bien, sin miedo y garantías varias. Vamos a ver a qué pasa” (Cecilia, 57 años, víctima de desplazamiento forzado, Grupo personas asociadas).

“¿Qué quiero saber?, ¿qué quiero?, que me quiten esto que llevo por dentro y me regresen a lo más parecido a mi vida de antes. Cosa que será muy jodido... claro es que yo creo que todos sabemos que esto en

términos de cada uno no va hacer mucho pero como que lo necesitamos para ayudarnos en nuestros procesos de sanar. Y por otro lado pues es como que la verdad y la justicia sí que son necesarias para un proceso de paz verdadero. El saber sobre los hechos calma un poco el alma, calma un poco los días, como que le ayuda a uno a hacer un cierre, un poco cerrar ese duelo... sobre todo los que hemos perdido gente y no sabemos dónde estás o qué pasó con ellos. O también los que nos han sacado de nuestra tierras y ni sabemos porque. Y claro la justicia pues la justicia es lo que siempre nos ha faltado a todos. Creo yo que si hubiera justicia pues las cosas cambiarían o, mejor dicho, las cosas que pasaron no hubieses pasado si en Colombia hubiera justicia, me parece a mí” (Irene, 47 años víctima de desplazamiento forzado, Grupo personas asociadas).

Para los participantes que son considerados como líderes de procesos de base, la reparación se entiende, más allá de cuestiones monetarias, como una forma práctica y legal de resarcir daños a personas afectadas, que es a su vez una expresión política que capta el poder relativo de diferentes grupos en la definición de la agenda social si se pone en palabras de Herrera (2006).

Para ellos este proceso refleja los aprendizajes y esfuerzos de unas organizaciones que extraen o no, de su pasado violento, para construir un futuro nuevo; por eso ponen mucho hincapié en que debe haber una voluntad para evitar que se repita.

“Nosotros sabemos que el fin de este grupo armado es solo el principio de todo una transformación que necesita las manos de todos” (Jairo 59 años, familiar de una víctima de desaparición, Grupo personas asociadas).

Para esta población es una necesidad la de llegar a todas las demás víctimas para así empoderar y re dignificar la vida de muchas personas; por ende es necesario un proceso de paz como el actual. Sin embargo, hay aún una desconexión entre

representantes, voceros y víctimas que genera implicaciones importantes tanto para la formulación de políticas como para las condiciones cotidianas de las personas y comunidades afectadas.

Puesto que las políticas que se formulen pueden que resulten contraproducentes o insuficientes para abordar necesidades individuales o colectivas. Para esto, ellos han generado encuentros de formación para que las comunidades sean capaces de transmitir sus demandas en el periodo posterior a la firma de los acuerdos de paz.

“Si se da cumplimiento al documento de Justicia que contempla la creación de una ley de amnistía que obligará al Estado colombiano a otorgar el mayor indulto posible a quienes hayan cometido delitos políticos pues habría muchas cosas ahí involucradas, como que las víctimas podríamos estar como de acuerdo o no con eso. Igualmente, el procedimiento que la jurisdicción aplicará será el enfrentar un juicio que tendrá como tarea principal sería entonces la de satisfacer el derecho de las víctimas, y consolidar la paz, el cual podría fijar sentencias de hasta cinco, ocho y veinte años de prisión. Esto esperamos nosotros que sean ellos culpados y paguen sus culpas para así poder saber que se hizo justicia. La idea sería que estas cosas sucedan, claro, pero que de verdad sucedan, que de verdad entreguen las armas, que de verdad pues digan la verdad y que cumplan los años y pidan perdón” (Pedro, 57 años, víctima de desplazamiento forzado, Grupo personas asociadas).

Pues después de los pronunciamientos hechos por varias organizaciones se ha dado un buen avance en realidad. Si lo pienso bien la participación de víctimas en la mesa de negociaciones de paz entre la guerrilla de las FARC y el gobierno nacional es un hecho emblemático en el país. Aunque, pues, pues, aja [un silencio con risa], usted se va a encontrar con muchos que le dirán que eso es medio tonto, es porque esas personas no han

dimensionado lo importante de un hecho como esto que no tiene antecedentes similares. De modos que el hecho de que... ¿cómo se dice?, la formulación del acuerdo que es uno de los puntos de discusión el de las víctimas. De modo tal que dicho acuerdo pues es severo avance, ya que esta articulado por 10 principios orientadores de la discusión. Y bueno, eso se logró a partir de los foros regionales y el nacional que se realizó con la participación de más de 3000 personas y, aún más importante, la participación directa de algunas víctimas en las mesas. Eso me parece que es importante y que es de admirar, un gran trabajo. Seguro falta más pero vamos bien, pero es que por primera vez en nuestra historia los sobrevivientes están ocupando un lugar significativo en los diálogos de paz. Esto debe tener varias ventajas. Considero que una de esas ventajas, está dada en la legitimidad de las negociaciones. Se hace a su vez real el dolor de las víctimas, sus experiencias cobran sentido. Entonces, pues, es más fácil construir paz desde una sola voz, desde la voz del que ha sido más afectado. De igual manera dichos espacios favorecen la rendición de cuentas por parte de los victimarios, ejercicio que puede facilitar el reconocimiento de responsabilidad por los daños causados y el establecimiento de la verdad histórica” (José Óscar, 58 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas),

Es por esto que es frecuente encontrar en las entrevistas las palabras reconciliación y perdón desde un dominio mucho más profundo que en el grupo anterior, manejándose como una necesidad imperante en las reparaciones futuras.

“Si, con mi familia creemos en el cambio y en la necesidad de perdonar. Creemos que es posible un país distinto” (Joselo, 60 años víctima de desplazamiento Forzado, Grupo personas asociadas).

“Parte de mi aporte y mi trabajo con los demás que han pasado por cosas parecidas o peores que la mía es buscar la reconciliación y el perdón. Es

parte de mi filosofía de vida y lo que me salvó de aquí en adelante. Sé que no es fácil pero es la única forma de obtener verdadera paz interior” (Jerónimo, 60 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas).

Los discursos entonces se transforman; ya no hay tantas acusaciones. Por el contrario, hay más preguntas y argumentos sobre el proceso de reparación; buscan de manera constante la resolución de problemas de forma práctica, se le da lugar a lo emocional y se busca como fin la reconciliación.

Por consiguiente, hay un cambio significativo en el lenguaje ya no se habla de forma individual sino plural, no es un solo sujeto sino un colectivo. Existe un constante debate por parte de las organizaciones de víctimas sobre el presente proceso. Esta nueva configuración también comprende un conocimiento sobre el proceso, participación, lectura y crítica sobre el mismo.

“Pues es que si nos escucharan de verdad, de verdad, pues esas discusiones serían más reales, me entiende. Pues es que esas discusiones por allá solo sirven si nos escuchan si nos dejan hacer, si nos dan voz. A Nosotros como organización ----- hemos trabajado muy duro para que nuestra voz llegue hasta La Habana, y eso se ve reflejado en el documento... Pero es Colombia y sabemos que hay muchas cosas que no están bien, que se dañan, que matan, que engañan... vaya a saber uno si esta vez cumplan y que sea cierto y no solo intereses propias del gobierno y de esos de la guerrilla. Porque el papel es bien bonito.... Pero y ¿a la hora del té? ¿Qué? Claro, nos ayudaría en la lucha de nuestros derechos y la reivindicación de nuestros derechos a cambiar nuestra actual situación, para que tengamos un mejor vivir... una vida digna, respetando nuestros derechos como campesinos de vivir en la tierra, sanamente. Pero eso, igual, pues, ¿sabe?, es jodido, porque nadie nos va a devolver todo lo que nos quitaron. Pero, seguro, si ya no están esos por ahí rondando, habrá paz de verdad en el país. O por lo menos tenemos un camino más posible

de construir paz” (Laureano, 56 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas).

De modo general hay dudas por parte de las organizaciones frente a la posible proximidad social entre las víctimas y los perpetradores por lo que ellos se plantean como necesidad construir las perspectivas necesarias para la convivencia y el éxito de los programas de reparación en el nivel local colombiano. Otra de las grandes diferencias con el grupo de población anterior se da en que ellos recalcan la importancia del proceso gracias a la dejación de las armas, lo que facilitaría que en las comunidades disminuya la violencia.

“Mientras no descarguen las armas no va a haber paz. Mientras no digan aquí las colocamos, aquí las ponemos” (Rogelio, 59 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas).

“En realidad es el punto tres de la agenda pactada en el acuerdo general para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera, está relacionado con el fin del conflicto y que incluye cese del fuego bilateral y definitivo, concentración de fuerzas, dejación de las armas y reincorporación de los guerrilleros a la vida civil. La verdad es que si esperamos que esto se haga realidad” (Pedro, 57 años, víctima de desplazamiento forzado, Grupo personas asociadas).

“[...] fíjese que yo en algún momento llegué a pensar que eso jamás iba a pasar pero vea que sí, y me parece muy bueno. Ojalá y se den las cosas, ojalá que haya paz en este país, porque tenemos una tierra hermosa; pero así con esa gente por ahí, no tanto. Sé que están hablando de que los guerrilleros ya entreguen armas y dejen de pelar con el Ejército y los paracos” (Ana, 45 años, víctima de asesinato de familiares, Grupo personas asociadas).

Para ellos el cese al fuego bilateral implica el poder darle más participación a las organizaciones que velan por los derechos humanos. Se abre para ellos la posibilidad de articulación con diversas iniciativas que en el pasado no funcionaron como la Mesa de víctimas, y así poder trabajar en pro de la paz en los territorios colombianos.

“El proceso completo es parte de mis responsabilidad como líder de la Mesa de víctimas. Hacemos seguimiento de la Mesa y esperamos poder participar aún más. Nuestras voces se escucharon y fuimos tenidos en cuenta dentro de las negociaciones” (Jerónimo, 60 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas).

El hecho de que la guerrilla entregue sus armas desencadenará dos posibilidades según lo analizado en las entrevistas:

1. La reducción de la violencia ejercida por parte de las partes enfrentadas.
2. El incremento de la violencia por parte de las multinacionales y grupos al margen de la ley como los paramilitares o las mal llamadas Bacrim.

Por ende, para las víctimas, la posibilidad de que este proceso de paz llegue a su fin, generaría que los *otros*, entiéndase Estado y guerrilla, tienen que asumir frente al país el férreo compromiso de cumplir con lo refrendado, pero además reconocer las acciones ejercidas por otros grupos, por la guerrilla y por el mismo Estado.

Es decir, la guerrilla tendría que reconocer los hechos cometidos y las víctimas generadas durante estos años de enfrentamiento. Y se debe a sí mismo y como una necesidad para las víctimas la disposición a una reparación integral y un compromiso de la Mesa a la no repetición de las victimizaciones perpetradas de un lado ni del otro. Se evidencia entonces que para este grupo el proceso es más que una oportunidad, una necesidad que aunque tiene sus riesgos y hay una desconfianza al igual que el grupo anterior, es de los pocos caminos que quedan

para poder cambiar las realidades del país. Es por esto que más de uno expresa que este proceso es una esperanza necesaria para todos.

Es necesario aclarar que para este grupo existen prácticamente las mismas desconfianzas, y miedos que los que se expusieron en el apartado anterior; la diferencia radica en que para ellos a pesar de todo eso que se expuso, el proceso de paz sigue siendo la mejor posibilidad. Es por esto que en este apartado tan solo se relatarán las diferencias entre un grupo y el otro, para evitar la cacofonía.

Ahora bien, otra diferencia fundamental para las personas asociadas es que si es cierto que los procesos de paz son una esperanza, es también cierto que la historia colombiana les ha dejado a ellos bastantes aprendizajes sobre dichos procesos. Por consiguiente para los líderes entrevistados hay claridad de que hay algunas cosas que son irrenunciables: la importancia de la justicia, la compensación, la reparación, que existan condiciones de seguridad serias para lo que pase después de la firma de paz.

Estas construcciones por parte de los líderes se dan gracias a que sus percepciones han ido cambiado debido a que sus experiencias se han transformado al ser compartidas y sanadas con otros, al interesarse en el tema, compartir con otros, y desarrollar su vida de una manera distinta.

Para ellos las experiencias anteriores y los vínculos creados con otros les han permitido ir cambiando sus perspectivas y construir nuevas representaciones frente al conflicto y por ende frente al proceso de paz. De este modo ellos son los que plantean problemáticas concretas que suceden como, por ejemplo, la restitución de las tierras.

Sus diversas transformaciones de pensamiento les hace focalizarse en problemas como la convivencia frente al tema de la restitución o cómo hacer para que los que estuvieron en un lado del conflicto puedan vivir con quienes estaban del otro lado

sin que esto cree nuevamente condiciones para violencia, retaliaciones y venganzas, como ocurrió en procesos de negociación anteriores. Un tema que también surge es, por supuesto, el de la verdad, tanto en su forma de la verdad judicial que se expresa en los procesos y que sirve para tomar las decisiones de la justicia como en la forma de la memoria social.

Para este grupo es importante el reconocer la historia y la importación que tiene el hecho de que Colombia tenga un conflicto de larga duración, que se encuentra degradado y por ende, no se ha dejado de lado la idea de que las FARC son criminales de guerra que deben pagar.

En este sentido entonces, la negociación misma para ellos se ve sesgada porque es posible que no se impongan los castigos necesarios que se deben aplicar. Por eso para ellos si es de vital importancia la “formula” de justicia, verdad y reparación, reconociendo y siendo de vital importancia la re significación de los derechos humanos.

“La fórmula de venta creada desde la idea de víctima... pero la fórmula correcta, la que este Estado debería tener siempre presente en su proceder. La fórmula que si entre todos contribuimos y entre todos hacemos... podríamos llegar a vernos distinto y ser distintos....supongo que es la fórmula hasta de la vida, ¿no?... le falta sabe que: ¡el perdón!”
(José Óscar, 43 años, líder de víctimas, Grupo personas asociadas).

Estas son las diversas dimensiones que se entretajan en los discursos de las víctimas organizadas. Dentro de ambos grupos se evidencian multiplicidad de emocionalidades que mantienen y construyen con las vivencias que han tenido dentro del conflicto armado; estas emocionalidades o conceptos sobre el proceso, o sobre el otro son una construcción social e individual. Además de la esperanza, la fe en el cambio y el perdón, sentimientos como el miedo, la incertidumbre y la rabia ya no son sólo sentimientos individuales, también hacen parte del colectivo,

los cohesiona y es desde ese punto que empieza a pensar el proceso de paz y el futuro.

No hay una sola representación sobre los acuerdos, son diversas miradas que comparten un espacio dentro de un país como Colombia y así construyen la diversidad misma que caracteriza al ser humano. Desde la esperanza hasta la incertidumbre y el rechazo hacen parte de las perspectivas frente a una situación por parte de un grupo de individuos que se caracterizan por haber pasado por una situación que cambio sus vidas.

Las representaciones sociales son un constructo que permite explicar fenómenos psicosociales, lo que implica que contribuyen específicamente a la comprensión de las formas de interacción social que se concretan en los grupos a través de patrones de comportamiento, esta particularidad es lo constituyente de una representación.

En este sentido, Moscovici (1979) plantea que una representación es un *corpus* organizado de conocimiento y una entre tantas actividades psíquicas que posibilita hacer que una realidad física y social sea inteligible, integrándose de esta manera en una relación cotidiana. Por lo tanto, es una ganancia que tienen los grupos sociales para darle sentido a lo que hacen, generando espacios de creación de formas de vida y particularidad a su existencia.

De esta manera, como se mostró anteriormente, estas representaciones sobre los acuerdos de paz, tienen lugar en el momento en que los diversos grupos entrevistados le dieron cabida; es decir, que en el momento en que este fenómeno, la violencia, afecta a este grupo en particular y estos se ven convocados por una experiencia común, se va generando un debate sobre la vivencia, la historia y el contexto de cada quien, lo que lleva a contextualizar la discusión en torno a al proceso de paz y la situación actual y futura de las

víctimas. Debate que va generando elementos significativos y dignos de ser difundidos en la comunidad y los entes gubernamentales.

Esto nos abre interrogantes frente a una reflexión que permita entender que las representaciones sociales son construidas y reconstruidas por los grupos, y por tener esta condición, este producto de representación se convierte en algo particular de ese grupo, como sucedió en este caso con las víctimas organizadas y las no organizadas.

En coherencia con esta premisa, vemos cómo estas representaciones tienen una doble característica. En primer lugar, se dan desde una reconstrucción mental, y en segundo lugar es una forma de pensamiento social que estructura la comunicación y las conductas de los miembros de cada grupo.

Evidenciamos entonces que las representaciones sociales son determinadas e influenciadas por las interacciones de las personas en su contexto, conforman un conjunto de conceptos, declaraciones y explicaciones que se originan en la vida cotidiana, dotándola de sentido. Cumplen con la función de consolidar algo desconocido en familiar y también transformar una realidad según las intenciones de un grupo social.

CONCLUSIONES

A través de la historia del conflicto armado colombiano, vemos como este ha estado marcado por diferentes factores; políticos, económicos, sociales. En medio de esta lucha de factores, se ha desarrollado una guerra en donde se han cometido un sin número de hechos atroces contra la población civil.

Estas violencias ejercidas en medio de la guerra por parte de diversos grupos armados y por distintas razones, han vulnerado a la población dejando afectados campesinos, indígenas, afros, población urbana, entre otras. La violencia ejercida en contra de la población civil ha desarrollado dinámicas internas dentro del país que ha traído grandes cambios en términos poblacionales, jurídicos, organizativos y políticos, un ejemplo de esto es la Ley 1448.

Esta clase de dinámicas ha generado movimientos poblacionales de las cuales hacen parte las personas afectadas dentro del conflicto armado. De este modo, se ha considerado que las personas afectadas de manera directa o indirecta por la guerra serán denominadas víctimas, para poder pedir que se les escuche y se ejerzan mecanismos de reparación y justicia.

Sin embargo, estas víctimas tienen un conjunto de creencias, ideologías, opiniones y percepciones que comparten o que los diferencian, y que manifiestan dentro de sus discursos. Discursos en los que se hacen manifiestos, bien sea desde una postura individual o colectiva, sus pensamientos y creencias frente a lo que sucede en su entorno, lo que ha sido su historia, su situación actual y cómo se posicionan frente a esto en términos de lo bueno o lo malo, lo correcto o lo incorrecto, lo personal y lo grupal.

Por eso, parte del objetivo de esta investigación giró alrededor de comprender y evidenciar las percepciones de la población escogida frente al proceso de paz y el

conflicto armado; partiendo de sus actuaciones, de sus principios, sus ideologías, y su posicionamiento frente a lo que se acepta o no, y lo que es relevante para cada uno de ellos y el grupo.

Frente a esto, vemos como uno de los procesos que abren un camino de acción frente al conflicto y las consecuencias de este, son los procesos de justicia transicional. Como expone Esteban Cuya (2001), estos procesos, en las últimas cuatro décadas se han convertido en mecanismos fundamentales para desarrollar procesos de postconflicto, sobre todo en América Latina y África, permitiendo que de una manera mucho más efectiva se puedan restablecer los derechos y realizar procesos de justicia, que aunque no se apegan a lo contemplado en regímenes penales internos, ofrecen una forma de castigar al culpable y de reivindicar los derechos de las víctimas, siendo este el fin mismo del proceso de paz actual que se desarrolla en Colombia.

De esta manera, es importante apuntar a que estos procesos que se discuten siempre en términos jurídicos deberían tener como premisa las voces de quienes se han visto involucrados en el conflicto armado colombiano, para que así la balanza de la paz y de la justicia se mueva en pro del beneficio de las comunidades. Debería pensarse la posibilidad de una justicia transicional desde abajo.

Puesto que las perspectivas de las víctimas frente al proceso de paz están mediadas por las tensiones que existen entre justicia distributiva y correctiva, reparaciones de violaciones graves y masivas a los derechos humanos; no es fácil para una población como son las víctimas comprender o creer que un proceso de paz pudiese tener un proceso de reparación realmente transformador.

De este modo, la brecha entre las víctimas organizadas y no organizadas y se hace cada vez más grande y la completa aceptación del proceso de paz más difícil, al no tener una claridad frente a la posibilidad de tomar en serio ideales de

reparación integral. Algunas de las organizaciones que trabajan en pro de las víctimas desean desarrollar un trabajo que le apueste a transformar la sociedad que tiene desigualdades profundas y de este modo comprenden que implican tensiones fuertes entre la justicia correctiva y la justicia distributiva.

De otro lado, la necesidad de pensarse una justicia transicional desde abajo intentaría contribuir a superar los riesgos que surgen del desconocimiento de las voces de las víctimas. Para esto, se hace necesario valorizar las perspectivas de las víctimas en sus contextos particulares y de acuerdo con las realidades derivadas de las atrocidades ocurridas. En este punto, se le podría apostar a que la justicia transicional debe ser muy sensible a los requerimientos de justicia distributiva y de participación de las comunidades victimizadas.

Por esta razón, dentro de esta investigación se le dio voz a las víctimas con el fin mismo de identificar los diferentes posicionamientos políticos entre los dos grupos de identificados y el modo en que se significan el Proceso de Paz y el conflicto que vive hoy el país, así como las expectativas que se tienen al respecto, además de una aproximación a las formas como se otorga significado al proceso de paz y al conflicto armado desde la perspectiva de las víctimas. Identificando a través del discurso la credibilidad y confianza de las víctimas, sus expectativas de reparación en el marco de la justicia transicional.

Escuchar la voz de las víctimas como parte fundamental de un proceso de paz, es necesario para establecer qué consideran ellos importante para ser parte de dicho proceso. En otras palabras, así como el gobierno tiene sus exigencias y las FARC tienen las suyas, las víctimas, incorporadas al proceso de paz actual, hacen manifiestos condiciones o peticiones y expectativas que ameritan ser escuchadas y analizadas para poder realizar un trabajo oportuno en las comunidades en el futuro en que dicho proceso de paz siga aprobado por la población civil.

Esta investigación se ha construido desde los relatos de 53 personas, campesinos, estudiantes, trabajadores, madres cabeza de hogar y personas de la tercera edad que han vivido diferentes hechos que los han convertido hoy en día en víctimas del conflicto armado, sus palabras han ido tejiendo un sinfín de significados frente al proceso de paz. En sus voces se encontraron percepciones que se representaban desde la palabra, el hecho, la acción y el pensamiento futuro.

Estos relatos mostraron cómo se ha vivido la experiencia de estar en medio de la guerra y lo que han sufrido; si bien es cierto que es más recurrente dentro de los relatos de las víctimas no organizadas escuchar la historia detallada de lo ocurrido –el antes, el hecho concreto de victimización, el después-ahora-, en los relatos de las víctimas organizadas se encuentra un poco de esa historia, pero se evidencia además un proceso distinto de comprensión-acción y una forma divergente de pensarse en este momento en relación con el conflicto, con el proceso de paz y con el devenir de nuevos días.

A manera de conclusión, se exponen a continuación los puntos más relevantes para comprender dichas percepciones. Se consideró importante aquello que fue recurrente entre los discursos y que diera paso a una construcción social. Lo que se comprendió como recurrente e importante en todas las entrevistas corresponde a aquello que en los relatos resaltan como un cambio su vida y como esto afecta la forma en cómo comprenden el proceso de paz.

Las percepciones de las víctimas no organizadas se atraviesan por percepciones como: la “no vida”, lo que significa vivir una experiencia que en nada pareciera tener sentido. De esta manera la percepción frente al proceso se involucra con la posibilidad de sí esté va transformar esa noción de “no vida”. Las expectativas del futuro se entrelazan y construyen las percepciones que tiene frente al actual proceso y las consecuencias del mismo, expectativas atravesadas por el real interés de las víctimas en un cambio radical de su realidad –la no vida, para

muchos de ellos- , y por la realidad que se configura en el ámbito del proceso entre los actores gubernamentales involucrados en el Proceso de Paz y la guerrilla.

De esta manera, en las representaciones que tienen las víctimas alrededor del proceso de paz, emergen conceptos y valoraciones a partir de la experiencia individual y colectiva sobre la guerra y la violencia, sobre el ser víctima, sobre los otros (los victimarios y los actores gubernamentales), sobre los medios de comunicación, entre otros. Esta construcción nace desde la experiencia misma y se va reconfigurando al hablar o escuchar a otros que están en la misma situación. Sin embargo, al ser afectados directamente y al reconfigurar su experiencia, apropian una nueva forma de entender su realidad y darle sentido a su vida, configurando desde allí su representación.

Esa valoración de su vida también va configurando las percepciones que se tengan frente al proceso de paz y a su realidad. Para las víctimas el proceso de paz se considera como una oportunidad, lo que es equivalente para la víctima, a que los “otros” reconocen el valor que tiene la vida de las víctimas; aquel valor que no fue reconocido ya que en medio del conflicto la vida no es reconocida en su valor, no vale nada, no es vida.

Así, vemos como esta representación de *no vida* surge en un momento de crisis, no solo política y social, si no muy personal, desde una perspectiva que trata de comprender aquello que es la violencia asociada al conflicto armado para el país, y que permite que, en el caso de las víctimas no asociadas, se clasifique esa violencia, y se planteen intervenciones jurídicas proporcionales a cada delito.

Pero, aun así, ese otro no ha reconocido ese valor después de la guerra, no ha habido una reparación y un proceso que les regrese a ellos su dignidad; de esta manera el proceso de paz recibe una serie de juicios sobre lo ocurrido en el

pasado, sobre la falta de confianza en el otro y la incertidumbre que da su forma de vida actual.

La incertidumbre que manifiestan las víctimas no asociadas se da frente al desconocimiento del porqué de la guerra y de por qué quedaron en medio de dicha guerra. Esta incertidumbre se alimenta de la historia particular de cada quien y de las perspectivas o expectativas frente al trato de las víctimas, en este momento específico de la historia colombiana. Desde sus historias particulares, esos momentos por los que las personas han pasado se convierten en espacios de sus vidas marcados por la vulneración de sus derechos, es un espacio donde lo que se recuerda es el miedo. Y es a partir del miedo y de la incertidumbre que se constituye también su noción de no vida y enmarcan sus creencias frente a lo que significa para ellos el proceso de paz y los momentos de guerra y violencia vividos en el país.

Esta incertidumbre es, en sí misma, la base de sus percepciones, se da por falta de información a lo que está sucediendo; no hay una posibilidad de responder a un futuro o tener una expectativa clara frente a su realidad actual y a su situación futura en relación con los actores involucrados. Pero esta incertidumbre presenta en los sujetos participantes dos maneras de resolverse: para las víctimas no organizadas hay una negatividad frente al proceso y su futuro, mientras que en, para el caso de las víctimas organizadas, persiste la una incertidumbre pero a la vez se aspira a que pueda darse un camino para la transformación, hay una posibilidad de cambio.

Es por eso que es posible decir que las víctimas del conflicto armado colombiano están en un proceso de construcción de la representación de qué significa ser una víctima enmarcada en este preciso momento histórico colombiano, en donde el proceso de paz que se desarrolla responderá sus preguntas y determinará su futuro, para el caso de las víctimas asociadas, en tanto las víctimas no asociadas viven con mayor escepticismo el mismo proceso.

Uno de los puntos que se quiere resaltar es una variante que se considera significativa dentro de las representaciones sobre el proceso de paz, que se van construyendo y es nivel de organización y participación de las víctimas; agrupación o no agrupación en términos de lo político y social.

Esta variante impregna, en el caso de los asociados, las diversas dimensiones para comprender los acuerdos políticos, puesto que las víctimas generan desde ahí procesos diversos de análisis y de construcción mucho más críticos que les permiten darle una oportunidad al acuerdo de paz con una justicia transicional que contenga en un futuro las voces de los afectados. Suceso que no hace parte de las víctimas no asociadas, puesto que al estar de manera independiente en la ciudad no generan un conocimiento amplio sobre el proceso. De esa manera sus percepciones están ligadas a los intercambios que tengan con otras víctimas, a los noticieros o lo que ven por los medios de comunicación y a través de las redes sociales.

Sin embargo, es importante resaltar la importancia de la organización en términos de construir un posible camino de manera colectiva. Abordar estas dimensiones permite avizorar formas de trabajo no solo en términos jurídicos sino a la vez humanos, puesto que las voces de las víctimas podrían construir las diversas nociones sobre la paz, la justicia, el victimario, el perdón, y otras dimensiones que deben comprenderse desde la diversidad misma de las condiciones históricas, políticas y sociales del país.

El conflicto colombiano de tan larga duración tiene un sinfín de matices y de complejidades que reflejan la diversidad de su población, de sus grupos armados, de sus hechos violentos y de esta manera son diversas las percepciones que puedan surgir frente un fenómeno como el que se vive actualmente.

Sin embargo, es menester de los investigadores sociales, académicos, facilitadores y profesionales tener en cuenta estas percepciones para construir caminos posibles de reparación. Podría ser de interés para otras investigaciones mirar las diversas formas en que se comprenden nociones como la paz o la justicia según las comunidades, puesto que esto permitirá comprender cómo construir una justicia transicional que se piensa desde un enfoque diferencial contextualizado, desde la base. De igual manera, se debe generar trabajo con las comunidades el cual permita darle continuidad a los acuerdos, buscando el cambio significativo de las situaciones reales del país.

Estas conclusiones permiten re-pensar mecanismos de participación y de trabajo en el futuro, partiendo de las voces de quienes han sido los más afectados por el conflicto y la guerra y de esta manera aportarle a procesos de reconciliación que aborden el perdón como un camino posible.

Otro de los puntos importantes para traer a colación dentro de las conclusiones es acerca del modo como las víctimas han puesto dentro de sus relatos la construcción sobre sí mismos, sobre el otro, sobre el conflicto y, así mismo, el modo como los proceso varían de acuerdo con las experiencias más o menos singulares.

Dentro de los discursos de las víctimas, el otro aparece para poder relatar y comprender los hechos sucedidos pero a la vez ayuda a comprender la experiencia y, así mismo, se re-significa al otro y al hecho mismo. Es decir que, en el momento en que se cuenta lo sucedido, se da un proceso reflexión a partir de lo que se escucha o de lo que se comprende; este proceso ayuda a entender de forma diversa el hecho pasado.

De este modo, el otro, más allá de ser un agente necesario que le da sentido al discurso de los participantes (al estar sus historias atravesadas por las vivencias con ese otro), es en relación con el otro que las víctimas pueden expresar sus

pensamientos, sentires y configurar esas representaciones frente al proceso de paz.

Ese otro hace real la historia de cada una de las personas que participaron en esta investigación. Pero ese otro también reconfigura esa misma historia, dándole un vuelco a las representaciones construidas frente a lo que implica ser víctima, el conflicto armado y los acuerdos de paz. También permite establecer cómo ven los participantes al otro, cómo se representan en ellos y cómo se construyen sus percepciones frente a los acuerdos.

Valdría la pena ahondar aún más en la diversidad de formas de configurarse cuando se está y no se está en un proceso organizativo y cómo esto podría ser, o no, hecho facilitador de reinterpretaciones individuales de los hechos de victimización, reconfiguraciones colectivas, por medio de acompañamientos psicosociales, u otras intervenciones.

En la presente investigación el proceso de paz ha sido entendido como una posibilidad para las víctimas y para los líderes de víctimas que están organizadas, ya que se sienten representadas por sus movimientos, han participado, se sienten acompañados por sus colectivos, y se han hecho representaciones del conflicto desde una mirada que evoca el perdón y la reconciliación.

Sin embargo, para las víctimas no asociadas no hay una claridad sobre su presente, su pasado y su futuro; para ellos el acuerdo, en lugar de ser entendido como una oportunidad, representa una nueva incertidumbre frente a sus vidas, despierta historias no contadas y dolorosas, pone al otro como ese actor que aún ejerce violencia contra ellos puesto que su vida se transformó y aún no ha vuelto a ser la misma de antes.

La presente investigación pone a dialogar dos voces; las voces de las víctimas de este conflicto armado que se sitúan hoy en día desde dos puntos distintos. Estas

voces expresan sus sentires frente a una posibilidad que se está generando para su futuro. Estas dos voces representadas en las víctimas del conflicto armado desde la visión de las organizaciones sociales y la visión de aquellas personas que aún no tienen claro qué es lo que está pasando y qué harán en un tiempo cercano.

Es menester de los científicos sociales, de los actores políticos y de las instituciones ponerle vida a estas voces y comenzar a construir desde ese espacio que brindan solo aquellos que han vivido la guerra de primera mano. Un acto como los acuerdos de paz trae consigo diversos desafíos que necesitan la participación y el trabajo de todos desde un posicionamiento político del quehacer social.

ANEXOS. POBLACIÓN PARTICIPANTE

Grupo personas asociadas				
#	Nombre	Edad	Organización	Caso
1	Laureano	56	Lazos de vida	Desplazado del Atlántico.
2	Jerónimo	43	Lazos de Vida	Asesinato de familiar Desplazamiento Forzado
3	Xxxxxxxx	48	Xxxx	Desplazamiento forzado. Asesinato de familiares
4	Joselo	58	Campaña contra las minas antipersonales	Desplazamiento forzado. Asesinato de familiares
5	José	60	Xxxx	Asesinato de Familiares, Secuestro, desaparición forzada.
6	Rosalba	50	Corporación de Mujeres Víctimas Cacica.	Desplazamiento Asesinato de Familiares.
7	Pedro	57	Fundación Casa del Refugiado Víctimas del Conflicto Armado en Colombia	Desplazamiento Forzado.
8	José	53	Víctimas para la paz	Desplazamiento.
9	María	45	Redepaz	Desplazamiento Forzado.
10	Guillermo	41	Costurero de la Memoria	Desplazamiento Forzado.
11	Mayerlis	67	Redepaz	Desaparición y asesinato de familiares. 116
12	Antonio	Xxxx	VICAP	Desplazamiento Forzado.
13	Manuel	57	Redepaz	Desplazamiento.

14	Blanca	39	Mesas locales de Ciudad Bolívar	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares
15	Irene	47	Redepaz	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares
16	Carlos	48	Asociación de Desplazados Esperanza y Paz	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares
17	Lorenzo XXXX	73	Redepaz	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares
18	Alba XXXX	46	Asociación de mujeres indígenas, negras, campesinas de Colombia ANMUCIC	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares
19	Jairo	51	Redepaz	Desplazamiento Forzado, víctima de mina antipersonal
20	Juan	38	Asociación distrital de sobrevivientes de minas antipersona (ADISMAN)	Víctima de Minas quiebra pata.
21	Florencia	68	Redepaz	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares
22	Mario	46	Redepaz	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares
23	Cecilia	54	Redepaz	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares
24	William	75	Asociación de Desplazados y Personas Vulnerables	Desplazamiento Forzado Asesinato de familiares

25	Roberto	59	Redepaz	Desplazamiento

Grupo personas no asociadas			
#	Nombre	Edad	Caso
1	Gilberto	66	Desplazamiento forzado
2	Marta Inés	43	Asesinato de familiar en reclutamiento forzado
3	Juan	43	Desplazamiento forzado y asesinato de familiar
4	Juan de Dios	34	Desplazamiento forzado.
5	Ciervo	45	Secuestro y asesinato de familiar.
6	Samir	48	Desplazamiento forzado
7	Asunción	56	Secuestro de familiares.
8	María Concepción	37	Desplazamiento forzado.
9	Junior	44	Desplazamiento forzado.
10	Esteban	36	Desplazamiento forzado
11	Ana María	42	Asesinato de familiar en

			enfrentamientos.
12	María de los Ángeles	46	Desplazamiento forzado.
13	Juan de Jesús	59	Desplazamiento forzado.
14	Gabriel	47	Desplazamiento forzado
15	Iván	53	Secuestro y asesinato de familiares.
16	Darío	56	Desplazamiento forzado.
17	Miguel	45	Asesinato de familiares en reclutamiento forzado.
18	Ángel	39	Secuestro de familiar
19	Julio	57	Desplazamiento forzado.
20	César	29	Reclutamiento y desplazamiento forzado
21	Enrique	34	Desplazamiento forzado.
22	Alfredo	40	Desplazamiento forzado.
23	Ernesto	63	Desplazamiento forzado
24	Gladys	61	Secuestro de familiares.
25	Luis	57	Desplazamiento y asesinato de familiares
26	Alejandro	48	Reclutamiento y asesinato de familiares
27	Deisy	26	Desplazamiento forzado
28	Francy	36	Asesinato de familiar en combates.

BIBLIOGRAFÍA

- Agencia Prensa Rural. Obtenido de Agencia Prensa Rural: <http://www.prensarural.org/spip/spip.php?article5864>
- Centro de Investigación y Educación Popular. (2008). Marco conceptual: Banco de datos de derechos humanos y violencia política. [ISSN 0123-3637] Bogotá
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013) ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/>
- Clausewitz, Carl Von (1972): De la guerra. Medellín: Editorial Zeta.
- Consuelo Navarro Susino, C. R. (2013). *Participación de las víctimas en el proceso de justicia y paz*. Bogota: Alvi.
- Cuya, Esteban. (2001). Las comisiones de la verdad en Latinoamérica. <http://www.derechos.org/nizkor/doc/articulos/cuya.html>
- De Zubiria Samper, S. (2014). Hacia un Concepto Crítico de Víctima. Revista Izquierda, 4- 11.
- Estrada, A.M., Ibarra, C., Sarmiento, E. (2003). Regulación y control de la subjetividad bajo el orden paramilitar en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, 15, 133 – 149.
- Fajardo, D. (2015). Estudio sobre los orígenes del conflicto social y armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana. Obtenido de Espacio

Crítico:http://www.espaciocritico.com/sites/all/files/libros/chcv/chcv_fajardo.pdf

Fajardo, D. (14 de noviembre de 2014). Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana. Obtenido de www.centrodememoriahistorica.gov.co. Obtenido de www.centrodememoriahistorica.gov.co:
<http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/comisionPaz2015/FajardoDario.pdf>

Foucault, M. (1983). El orden del discurso. Barcelona: Tusquets.

Gasser, H.-P. (30 de septiembre de 2002). *Actos de terror, "terrorismo" y derecho internacional humanitario*. Obtenido de www.icrc.org:
<https://www.icrc.org/spa/resources/documents/misc/5ted8g.htm>

Gergen, K. (1989). La psicología postmoderna y la retórica de la realidad. En T. Ibáñez. (Coord.) *El Conocimiento de la Realidad Social*, (pp. 157-185). Barcelona: Sendai.

Raiter, A. (2001). *Representaciones Sociales*. Buenos Aires: EUDEBA.

Harré, R. (1992). The Second Cognitive Revolution. *American Behavioral Scientist*, 36(1), 5-7.

Harré, R. & Gillet, G. (1994). *The Discursive Mind*. London: Sage.

Henríquez Sampayo, J. (s.f.). Fundación Lazos de Dignidad. Obtenido de Fundación Lazos de Dignidad: <http://fundacionlazosdedignidad.org/articulo-por-july-enriquez> Agencia Prensa Rural. (9 de Agosto de 2011).

Hobsbawm, E. (1995). *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Íñiguez, L. (2005). "Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la psicología social de la era 'post-construccionista' ". *Athenea Digital*, 8, 1-7. Recuperado el 13 de marzo de 2011 de <http://antalya.uab.es/athenea/num8/siniguez.pdf>

Íñiguez, L. & Antaki, Ch. (1994). El análisis del discurso en psicología social. *Boletín de Psicología*, 44, 57-75.

ICTJ. (12 de MAYO de 2011). www.ictj.org. Obtenido de www.ictj.org: <https://www.ictj.org/es/news/el-reconocimiento-del-conflicto-armado-un-paso-positivo>

Jodelet, Denise. (1986). "La representación social: fenómenos, conceptos y teoría". En: Moscovici, S. *Psicología social II, Pensamiento y vida social*. España. Paidós.

Kelman, H., y Fisher, R. (2003). "Conflict Analysis and Resolution". En: D. Sears, R. Jervis, & L. Huddy, *Oxford handbook of political psychology* (pp.315-353).

Lair, E. (2000). Colombia: una guerra contra los civiles. *Colombia Internacional*, 135 - 147.

Martínez, J. H. (2012). Las víctimas de la Ley de víctimas. *Revista Izquierda*, 16-20. Mesa Conversaciones Gobierno-Farc EP. (26 de Agosto de 2012). Mesa de Conversaciones. Obtenido de Mesa de Conversaciones: <https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/AcuerdoGeneralTerminacionConflicto.pdf>

Middleton, D. & Edwards, D. (1990). *Memoria compartida: La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Barcelona: Paidós
Parker, I. (1992). *Discourse Dynamics*. London: Routledge.

Moscivici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul S.A.

Moscovici, Serge. (1979). *Introducción a la psicología social*. Barcelona: Editorial Planeta.

M, D. F. (15 de noviembre de 2014). *Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana*. Obtenido de www.centrodememoriahistorica.gov.co:
<http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/comisionPaz2015/FajardoDario.pdf>

Mora, M. (2002). La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici
www.raco.cat. Obtenido de www.raco.cat:
<http://www.raco.cat/index.php/Athenea/article/viewFile/34106/33945>

Sandra Plata (compiladora) *Aprendizaje en el marco del proyecto de atención a víctimas de la violencia en veredas emblemáticas del bajo cauca PAEV*, 2010.

Uribe, Nicolás y Gómez, Antonio. (2014) *¿Qué es el cese al fuego bilateral? La alternativa para frenar el caminar de la muerte en Colombia. Análisis de la figura del cese al fuego bilateral en el actual contexto de los diálogos de paz y el conflicto armado en Colombia. Equipo Colombiano de Investigación en Conflicto*
y

Paz:http://media.wix.com/ugd/02b658_b51ff13cb5634ef79e4c85dc62a5551e.pdf